REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I — BUENOS AIRES, OCTUBRE 14 DE 1933 — No. 10

★ La Helada Piel de las Botellas ★

ANOCHE volvimos a encontrar en la calle Corrientes a Mario. Estaba triste y consumido. No quiso decirnos nada de su vida ni lo que le pasaba. Pero... Ya ni sus secretos le pertenecen.

Supimos que hacía seis días que Mario vivía con la polaca Olga Sierks, entre la lujuria, la amargura y la desesperación. Ella lo recogió en su casa quizás por capricho o compasión. Lo encontró a las tres de la madrugada, por la calle Sarmiento. Llovía.

Desde ese día vivía con ella, como un animal, sin pensar en nada. La atmósfera cálida y perfumada, el cuerpo blanco de la polaca, el olor del polvo y de las esencias, la carne satisfecha, le daban momentáneamente la ilusión de la felicidad. Durante ese tiempo hubiera deseado morir. La muerte no hubiera sido para él una cosa sucia y siniestra. Había momentos en que deseaba ardientemente la muerte y era cuando se sentía feliz.

—Morir con la felicidad en los ojos y la dicha en el corazón, decía.

Pero en el fondo oscuro y tempestuoso del alma sentía que el mundo, para él, era una cosa sin sentido, triste, vacío y miserable, que la vida era una cosa que lo arrastraba como las corrientes del mar, unas veces las cálidas corrientes del golfo, otras las frías corrientes de los mares polares, y a veces el maëlstrom vertiginoso que lo envuelve en su ceniciento empuje, en su terrible torbellino, en su inevitable caída.

Cuando Olga estaba a su lado se sentía contento, como borracho de ensueño y fantasía. Era como un lento delirio, como un sedante para sus nervios, para sus nervios a los que imaginaba como cabellos vibrátiles que flagelaran el cuerpo en dolorosas torturas. Sentía la alegría de vivir en ese ambiente extraño en el que nada le pertenecía. Creíase en otro país, en alguna región desconocida y misteriosa de Buenos Aires que tenía más de ensueño que de realidad.

Se desplomaba en el lecho y dormía un sueño espeso y turbio, poblado de pesadillas, de delirantes visiones creadas por su imaginación febril.

Olga lo llamaba en esos momentos y le hundía sus labios en la carne para calmarlo. Pero el ensueño era poderoso y nada podía vencerlo. Soñaba que se cortaba un poquito la carótida para probar cómo era la muerte, pero la sangre que fluía creaba fantásticas visiones. Se veía en la isla de Jan Mayen, perdida en las soledades, recordada a través de relatos novelescos, en la colonia Kenia, del Africa, donde se martirizaba a los prisioneros con fierros candentes, en el oasis de Kufra, misterioso y lleno de luz, que había visto en las películas de actualidades.

Sueña ser como el taciturno Ivar Kreuger, dueño de cien palacios, en Hamburgo y Estocolmo, en Londres, en París y en Varsovia. Como Stinnes, como Basil Zaharoff, el hombre misterioso, ayer harapiento y hoy dueño del mundo. Y después se ve él mismo, en la vidriera de un bodegón de Buenos Aires, mirando con ojos terribles las uvas que se deslizan sobre la corteza dorada de los melones. Se ve él mismo, pálido, enflaquecido, con ojos ardientes y los labios descoloridos.

Ve un río de aluvión, un pájaro de cristal, dunas de arena. Gusanos babeantes y musgo creciendo sobre todas las cosas, sobre las paredes y los rostros, sobre las piedras y los cuerpos; moluscos agresivos y vegetales tensos y amenazantes y en el fondo de todo, en lo más hondo, una enorme y blanca corola de leche sobre un monstruoso vaso de cristal. Dé pronto zumbidos, chirridos que corroían el sueño y lo dejaban sumido en un letargo blanduzco y limoso. Ve dientes que cercenan las venas, clavos rasgando las pupilas, ve garras y un verdor de selva, sierras seccionando las vértebras y un leopardo negro que le lame el cerebro.

—¡Olga! ¡Olga! — grita — y se refugia en sus brazos y recibe un beso viscoso y cálido.

★

Poco trabajo le costó a Olga Sierks desprenderse de Mario cuando se cansó de él.

Pero Mario tuvo suerte. Encontró en seguida una colocación en el Casino como ayudante de Tagara, un hombre melenudo que se hacía pasar por fakir de la tribu sagrada del Ganges.

Tagara encontró en Mario un aprendiz inteligente para sus trucos y pronto se hicieron amigos. Cuando Mario sorprendió a Tagara fumando opio en su camarín su amistad se estrechó porque compartían un secreto.

—Todo es una porquería — le decía Tagara en sus momentos de expansión y confidencia. — Solamente pueden vivir los animales en el estercolero... Nosotros, los que no encontramos en la vida un objeto... una finalidad que nos satisfaga, sólo nos queda un camino... olvidar... vivir alegremente. De cualquier manera desenfrenada, para no pensar. Si pensamos estamos perdidos. Es una lucha cruel... atroz... Hay dolores espantosos en el recuerdo...

—¿Qué hacer, entonces...?

—Tristeza... Y nada más... Y vivir triste es una suciedad, es como una costra de mugre que cubre el alma. Los que tenemos un poco de amargura en cada célula, un grumo de desesperación en cada fibra, tenemos que luchar terriblemente contra la tristeza inevitable. Esto parece nada, parece tan poco, y sin embargo lo es todo para mí. Trabajo para conseguir esto — dijo mostrando una substancia negra que guardaba en un tarro. Por eso trabajo alegremente. Si esto me faltara... ¿Cómo vivir? Fuí demasiado cobarde para matarme y ahora es tarde... Tengo que vivir... Tengo miedo de morir y miedo de la tristeza.

Mario lo escuchaba con religioso silencio. Hacía tiempo que Tagara no encontraba a nadie que quisiera escucharlo.

—Sabían los brujos, los magos, la terrible verdad —prosiguió—. Por eso descubren el Datura Estramonio, la hierba de la locura y de la alegría. Lo único que hace vivir... y en todo hay tanta delicadeza... tanta dulzura. Primero la lluvia de otoño en una tierra misteriosa y extraña... Después la recolección por muchachas del Yunnam... el tajo con el cuchillo blanco, en el crespúsculo; la caída de los pétalos y cuando la noche fragante crece, el jugo que se condensa en pequeñas lágrimas. Aquí está — dijo — y mostró a aMrio un pan de opio de color rojo y que despedía un olor acre.

—Es la alegría, la serenidad — añadió — de vivir tan contento, que todo hace feliz, respirar... el roce de la luz.. todo...

—Pero dicen que a la larga, mata...

—No hagas caso. Cuando quedé sin trabajo estuve como loco... tenía un dolor fulminante en las costillas... sudaba a pesar del frío... creí morir de una manera tan repugnante... Eso que dicen que mata, salva.

—Pero en los fumaderos...

Tagara lo interrumpió con una violento ademán:

—Allí dan porquerías... No es opio. Lo falsifican... Tabaco, tamarindo, aserrín, clara de huevo, goma arábiga, aceite de lino... mil cosas más... porquerías.

Tagara lo interrumpió con un violento ademán:

pero muy hundidos, dientes negros y las encías sanguinolentas.

Mario no quería contrariarlo, pero se animó a decirle:

—Sin embargo, he leído que se vive en una atmósfera de terror, que se tienen visiones espantosas de cuerpos podridos, trozos de seres, animales...

—Yo no, sólo la paz... Puedo dormir. Dicen que mata. Mentiras... Yo estaba siempre enfermo, triste. Estaba idiotizado por ideas fijas. Hoy soy otro. Vivo y viviré como si tal cosa... dicen que el hastía, las convulsiones... ¡Qué farsa!

—Me dijeron que viene un frío mortal y que un carbón encendido no se siente sobre la piel.

—Nada. Dicen, hablan... Hablan de la respiración alterarada, del pulso anormal, del corazón que salta... Toca, toca, a ver si hay algo de cierto en todo eso.

Mario puso su mano sobre el corazón de Tagara. Sintió el contacto de una piel mojada y repugnante.

En ese momento Babette, el hombre-mujer, terminaba su número. Se oyeron grandes aplausos.

—Cómo se divierte el público — dijo Mario.

—¡Público de idiotas! Necesita engañarse.

Se encendió una luz, sonó un timbre.

—Ahora nosotros — dijo Tagara.

★

El opio. Tagara. El sufrimiento de no saber qué hacer. Buenos Aires. Y caminar después horas y horas por las calles, sin esperanza.

Se vive. Se vive. Pero, de qué manera.



Se sufre. Pero llega la paz. Se gira entre el dolor, la miseria y la soledad, pero de pronto llega la alegría, el bienestar, la dicha compartida. Todo eso encontró Mario en la casa de Américo Rossi. Américo Rossi tenía una quinta de verdura en la isla "La Fortuna" en el Tigre. Vivía allí con sus dos hijas, Cristina, una, y la otra María, una chica flaca y amarillenta que se pasaba todo el día llorando.

Buena gente. Mario trataba de no ser molesto y de ayudarlos e ntodo lo posible .Al lado de Cristina se sentía animado por un sentimiento de pureza y felicidad que hasta entonces no había conocido. Cristina era sencilla y simple como el pan Tenía una sonrisa que era como la presencia de la dicha.

—Si te ve papá! — gritaba gozosamente cuando Mario pisaba alguno de los canteros que Américo preparaba con santo cuidado.

★

Mario sentía ganas de vivir. Comprendió que había perdido lastimosamente el tiempo pensando en estupideces y en amarguras. Había creído que todos eran sus enemigos, que todo el mundo era una masa informe de gente despreciable, y encontraba, de pronto, que había mucha gente generosa, desinteresada, noble. Se sentía unido a ellos en un estremecido sentimiento de bondad. Hubiera querido hacer grandes cosas para pagarles todo el bien que le habían hecho. Por ellos se podría llegar alegremente al sacrificio. Conoció la exaltación de la vida en lo que tiene de más bella, alegre y sagrado. Comprendió que la vida era una cosa digna de ser vivida ampliamente, en un desprendimiento total de la materia y del espíritu, sin egoísmos ni mezquindades, entregando sus sentimientos, procurando hacerse merecedor de la dicha, contribuyendo a hacer más fugitiva la pena, más honda la esperanza, más intensa la alegría de todos.

★

Preparaba abonos para las verduras, trataba de divertir a la chiquita enferma haciendo unos aparatitos de papel que se estiraban al soplarlos.

Era la paz. Era también la calma de los vegetales, el brillo sereno del agua que contribuían a hacer más feliz aquel lugar.

Las lianas se enroscaban en los árboles, parecían serpientes deslizándose. Los álamos, los alisos y los sauces milenarios, entre el silencio maravilloso de las tardes soleadas eran también fieles compañeros.

Cristina se burlaba de él porque no conocía el nombre de las flores y no sabía distinguir una planta de las otras.

—Nunca me fijé en las flores — confesaba Mario, — ni supe distinguir las plantas. Esa, por ejemplo — añadió señalando una — no sé si es una planta de nabo o de orquídeas...

Cristina se reía a carcajadas. Al principio se sintió impresionada por Mario, lo vió sombrío y triste; pero después cuando supo que era un muchacho risueño y bueno, dió gracias a Dios, sinceramente.

Le gustaba hablar con él. El le contaba su vida, sus fracasos, sus anhelos. Ella le enseñaba a conocer las plantas y las flores.

—Te quedarás aquí mucho tiempo, verdad? — preguntaba Cristina, quien a veces veía pasar por los ojos de Mario una sombra.

—Si por mí fuera, me quedaría aquí toda la vida — contestaba Mario mirándola francamente en los ojos.

—¿Te gusta esto?...

—Esto, sí... mucho... pero hay algo que me gusta más... vos.

Cristina se reía y corría hasta la casa sin fijarse en que aplastaba los canteros recién sembrados.

★

Cuando Mario hablaba de las cosas que había pasado, Cristina sufría. Tenía miedo de perderlo. Tenía miedo de que algún día llevado por esa obsesión suya de la aventura y el vagabundaje, Mario desapareciera para siempre.

—Y me sepultaban todos los días en un ataúd de bronce — le contaba Mario —. Otras veces me encerraban en una bolsa y me atravesaban con espadas.

—¿Y no tenías miedo?

—Si todo era un truco ingenuo. Yo no sé cómo hay gente que paga para ver esas cosas...

—Mirá... ¿A que no sabés cómo se llama esa flor? — le pregunta Cristina.

—¿Eso? Yo creía que era un yuyo.

—No seas hereje. Es la pasionaria, la flor más linda que hay. Mirá... Tiene las llagas y los clavos de Cristo...

—¿Querés que lo crea? — decía, para hacerla enojar.

—Mirá, allí, allí — gritaba Cristina entusiasmada —. Ese pajarito... ¿Sabés cuál es?...

—Loro no es — decía Mario, riéndose.

—Es el picaflor... Lo llaman pájaro resucitado porque dicen que muere en invierno y resucita en verano.

Y así los días. Y en las noches fragantes, cuando el perfume de esas plantas y árboles y frutas producía una feliz y serena embriaguez se reunían los cuatro en el patio de tierra. Américo tocaba la guitarra y Cristina cantaba. Entonces Mario sentía tristeza. Se sentía perdido.

★

Llega la paz. Se sufre. Una noche en que Mario y Cristina se encontraron solos, Mario le dió un beso quemante en los labios. Fué casi un mordisco. Cristina tuvo miedo y huyó. Una tarde vió en los ojos de Mario un fulgor sanguinolento. La vió a ella y le gritó:

—¿La pasionaria, no?... Clavos de Cristo... Llagas de Cristo.

Un día, a la hora del almuerzo, empezó a delirar.

—La piel de las botellas... la piel de las botellas... — decía.

Le pareció que la piel de las botellas se arrugaba como a de las salamandras.

Al principio la locura fué mansa: hacía rodar las botellas y las perseguía creyendo que eran lagartos; más tarde su locura se tornó agresiva cuando trató de arrancar con sus uñas, largas y sucias, los ojos de la chiquilina enferma.

Una noche Cristina tuvo la suerte de que Mario la reconociera. Ella lloraba de alegría.

—Se salvará — decía — estoy segura... Se lo he pedido a Dios de rodillas.

—Tendremos que internarlo en un hospicio — le aconsejó Américo.

—¡No! ¡Nunca! Es lo único que tengo... es lo que más quiero... Lo cuidaré. Seguirá un tratamiento... No ha de ser nada grave.

Pero ya creía Mario que en su cerebro se deslizaba un pulpo y que los tentáculos querían romper la débil corteza del cráneo.

Los ojos de Cristina se llenaron de lágrimas y besó la boca enferma de Mario, en un arrebato de amor y de desesperación.

Mario vió sólo una llama de fuego.

GONZALEZ TRILLO Y ORTIZ BEHETY

ILUSTRACION DE RECHAIN

EL FANTASMA



POR un recodo del sinuoso camino asomó en el bajo un grupo de tres jinetes, que al trote de sus cabalgaduras avanzaban dejando tras sí una nube de polvo. Don Leoncio encabezaba el grupo, montado en su brioso picaso, aquel que cinco años antes le había servido para salvarse en más de una oportunidad ante una carga de los lanceros revolucionarios. Porque Don Leoncio era, en aquellos no lejanos días de sublevaciones intestinas, comandante de un grupo de guapos criollos de pura cepa como él, al frente de los cuales desalojó de aquellas comarcas a los rebeldes, no sin antes regar con la generosa sangre de sus gauchos más atrevidos las cañadas y las faldas de los cerros. Era Don Leoncio el más amplio exponente del criollo noble, que todo lo sacrifica, que no escatima esfuerzos en dar una manito a un amigo. En su estancia encontraba albergue más de un compañero de opinión perseguido por la justicia, por haberle, en la pulpería cercana, bajado el buche a algún trompeta contrario. Lo acompañaba Cirilo, gaucho viejo y antiguo servidor de la estancia, y su hijo Perico.

★

Cirilo era puestero del potrero de las ánimas, como lo había bautizado el paisanaje, debido a que en el "pago de los sauces" todas las noches vagaba el alma en pena del finadito Lorenzo, "que Dios lo tenga en la gloria". En varias oportunidades se les había presentado a los peones al cruzar el paso de noche, ataviado de blanco y lanzando gemidos de ultratumba. El finado Lorenzo había muerto de viejo, abandonado por la mala hembra, y por sus críos que se fueron a recorrer mundo de pichones, rodando de fogón en fogón. Como todo criollo, era Don Leoncio supersticioso y le molestaba en grado sumo el relato de Cirilo, el cual asegurábale no estar dispuesto a seguir al frente de aquel potrero endiablado. Eso venían comentando, dirigiéndose a la estancia, mientras los últimos rayos del sol doraban la cresta de los cerros y en las cañadas y los montes las primeras sombras de la noche se extendían. Cuando llegaban a las casas, la perrada, dando aullidos de alegría, salió a recibirlos, mientras "El lobo", su favorito, saltaba de un lado al otro lamiéndolo cariñosamente.

★

Anochecía. Dirigieron sus pasos al galpón de la peonada, en cuyo fogón estaban mateando algunos peones, y Juancito, mozo de unos 28 años, domador y forzudo, valiente y decidido, y por naturaleza, incrédulo a las malas luces, almas en pena y fantasmas. Al ver llegar a su patrón ,todos se levantaron saludando. En un claro del círculo formado a la vera del fogón, se sentaron en unas calaveras de vaca, cubriéndolas antes con una jerga. Juancho alcanzó un cimarrón a Don Leoncio, que luego de sorberlo con fruición lo devolvió vacío, y púsose a contemplar la roja llama que acariciaba con su inquieta lengua los leños y los marlos; paseó su mirada por los presentes y dijo: ¡Aura nos ha tocao la disgracia, vamos a ser corridos por las ánimas. Es maldición de Dios!

Nadie contestó y por instantes reinó un profundo silencio, interrumpido por el chisporroteo de los leños; todos tenían sus cabezas gachas; y sus miradas fijas en el suelo como presagiando una desgracia; sólo Juancho hacía bailar sus dos ojos vivos, inteligentes, llenos de picardía gauchesca. El no creía en eso de las ánimas!

★

Al fin decidióse a hablar Juancho: Patroncito; si usted lo permite, yo voy a correrle las ánimas del paso de los sauces. Don Leoncio lentamente levantó la cabeza y fijó su mirada en el muchacho, para convencerse de lo que había oído, porque le parecía imposible. Todos los presentes como movidos por un resorte, fijaron sus miradas en Juancho; lo sabían muy corajudo y de palabra, que no era hombre de echarse atrás ni ante el mismo Diablo, pero azorados no salían de aquella brusca e inesperada sorpresa. ¡Que domara baguales, sí, pero lo de jinetear fantasmas cambiaba de aspecto. Juancho pasó por todos los rostros su inquieta mirada y al fin la detuvo en Don Leoncio, como pidiendo aprobación.

Don Leoncio, al fin respondió, despacio, suavemente, como midiendo las palabras para ver el efecto que ellas producían en Juancho: "Vos pensás que podrás correr y jinetear a las ánimas, y estás equivocado. De machos como nosotros a entes mandaos del cielo por Tata, hay mucha diferencia.

—Patrón, si algo me estima déjeme al menos apersonarme con el finao. Si en vida fuí su amigo, en muerte no veo el por qué no podré serlo. Le voy hacer entrar en razones pa que rumbee a otro pago.



—Pensalo bien, hijo. Y si mañana estás dispuesto, hablaremos. Hoy ya es noche.

★

En ese momento sonaba la campana llamando a los peones a la cena. Estos se levantaron encaminando sus pasos hacia la cocina. Don Leoncio con Cirilo se fueron al comedor, donde ya los esperaban sus dos hijos. Cenando los cuatro discutieron lo propuesto por Juancho. Los dos muchachos se dirigieron: ¡"Atrevidazo el mozo!" La negra cocinera, cuando supo que Juancho iba a espantar al fantasma, le trajo 4 o 5 tortas del fondo de un viejo armario y le dijo: ¡Coraje, Juancho, coraje, vos si sos un macho, canejo! Desde el clarear del día siguiente comenzó a caer una garúa fina, persistente, molesta. Don Leoncio hizo lo humanamente posible por disuadir al muchacho de su diabólico propósito, y viendo que era imposible, le permitió llegarse hasta el paso de noche, seguro que dispararía al ver al fantasma. Hacia las 4 de la tarde trajo Juancho del potrero su parejero doradillo, lo ensilló bajo el galpón, se envolvió en su poncho, y despidiéndose de los presentes, los cuales le desearon buena suerte, se dirigió al puesto de Don Cirilo, donde llegó entrada la noche. Mateó en el galpón, churrasqueó, y haciendo alarde de su valor, les dijo que les traería las orejas del fantasma. Enderezó al galpón, apretó la cincha al doradillo, montó, y con un "¡Hasta siempre!", enderezó hacia el paso. La garúa seguía en los altos, el viento silbaba y parecía un tropero montado en brioso corcel arriando nubes; un relámpago allá a lo lejos culebreaba iluminando con su resplandor una cañada, un cerro, un monte. Oíase de vez en cuando el mujido de una vaca o el relincho de algún potrillo asustado. Allá, en el bajo, ya se podían distinguir las primeras sombras del monte; en ese momento una lechuza dejó oír su graznido agorero y un ligero temblor se apoderó por un instante de aquel valiente que iba a desafiar a la muerte en persona, y casi inconscientemente pasó su mano por la empuñadura del facón. Espoleó el doradillo y, resueltamente, enderezó hacia la negra boca del paso que parecía atraerlo con su fluído satánico. Iba al tranco; ya estaba en la mitad de la corriente, grandes sauces a uno y otro lado entrelazaban sus ramas arriba, formando una bóveda natural. El animal se detuvo a saciar su sed, y él, con su mirada avezada a la obscuridad, escudriñó las sombras para ver si distinguía algún bulto, algún indicio, que hiciera suponer la presencia del alma en pena, pero no vió nada. Levantó el doradillo la cabeza, masCó el freno, y al sentir en sus ijares los agudos pinchazos de las espuelas, avanzó. Ya faltaban diez metros para la salinda del pago y nada. En el rostro de Juancho se esbozó una sonrisa, y castigó el pingo.

★

Este avanzó cinco metros más y medio se paró. Le bailaron las orejas, encorvó el lomo, resopló y dió una costalada que por lo imprevista casi da en tierra con Juancho. Este al principio nada vió, espoleó el flete, pero se negaba a caminar. De pronto divisó como una llamarada ante su vista, y de ella vió surgir un esqueleto ataviado de blanco, que dejaba oír su hueca carcajada, una carcajada tan sobrenatural que helaba. Sintió Juancho un temblor, y con mano febril buscó el mango de su facón. De un salto estuvo en el suelo, esgrimiéndolo con maestría, y como oyera ante sí la carcajada burlona y el brillar de esos dos ojos malditos, echóse el poncho hacia atrás y arremetió. Al hendir con vigor el aire empuñando la larga y afilada daga, sentía como si ésta diera en un cuero estaquiado, y a cada embestida la visión contestaba con una estridente carcajada y con una cachetada con sus frías manos esqueléticas. Media hora duraba ya la lucha, Juancho sentíase desfallecer, sentíase débil, sin fuerzas y presa de un terror horrible, pero, recordó un instante la palabra empeñada, y a su conjuro la sangre bullió en sus venas. Por un momento su rostro se iluminó al calor del coraje y sintió, como otras veces, necesidad de saciar con sangre caliente esa sed de venganza que reclamaba su hombría. Y siguió la lucha. Sentía sus tímpanos heridos por la metálica carcajada, la cara helada por las cachetadas que parecían azotes glaciales, y el brazo exhausto, sudaba a mares; mezcla de cansancio, mezcla de terror, sus ojos le ardían: parecía que el fulgor emanado de las cuencas de la calavera se los quemaba. Y no pudo más; a sus escrúpulos los venció el pavor, el miedo, se dió vuelta para montar en el doradillo y huir lejos, muy lejos.

★

Pero, éste, espantado por la visión había disparado campo afuera, y al mismo tiempo sintió que unos garfios helados lo sujetaban del cuello, y despavorido dió vuelta la cara y sintió el aliento putrefacto de aquella boca, el castañetear de los flojos dientes engarzados en las peladas mandíbulas, la satánica carcajada, las cachetadas de las manos sobre su cara, el brillar de aquellos dos ojos infernales. Al clarear del día siguiente lo encontraron muerto en el paso, enredado en el poncho, con la cara desencajada, los ojos fuera de las órbitas, los dedos crispados; a un lado la pistola, al otro la daga y el sombrero.

Orlando Suárez

Ilustraciones de Rechain

LOS SAPOS

¿Qué no se ha imaginado sobre los sapos?

No hay otro ser viviente sobre quien la ficción y la fábula se hayan encarnizado más, como dice Bergson.

El sapo, según esas ficciones, da mal de ojo, saquea los nidos de pájaros, encanta a las gentes y a las bestias; perece quien le mira muy fijamente; provoca la rabia de los perros, con su espuma; su aliento es venenoso; mancha y envenena todo lo que roza.

De la misma manera que molesta y mata, socorre y cura. Suprime el mal de piedra, seca la hidropesía, detiene las hemorragias de la nariz, calma los dolores; colocado bajo la almohada de un tísico, corta la fiebre; suspendido de una pata en las caballerizas, evita toda infección a los caballos; aleja las ratas; se le encuentra a veces bajo el cráneo un guijarro de oro de virtudes maravillosas.

Antiguamente, el mago, el echador de suertes, hacía gran uso del sapo. Se recurría a sus poderes mágicos, maléficos o bienhechores. Se le empleaba en las conjuraciones y hechizos. Se le cocía en las calderas para extraerle venenos o filtros. Tener comercio con él equivalía a pactar con el demonio.

En 1619, un decreto del Parlamento francés condenó al filósofo Vanini a ser quemado vivo, bajo la acusación, parece, de que se había encontrado en su casa un sapo en una caja de vidrio.

Independientemente de estas supersticiones, cuyos trazos se vuelven a encontrar aún en la campaña, los naturalistas mismos, durante siglos, han considerado al sapo como un ser malhechor, repugnante y despreciable. "A su sola vista el hombre palidece y se siente mal", dice Gessner. Cuvier, juzga su forma horrorosa, repugnante. A los ojos de Bovy de Saint Vincent, "su aspecto horroroso, su andar innoble, sus costumbres salvajes y abyectas, parecen justificar esa especie de reprobación en la cual vive abandonado". En cuanto a Lacépede, su horror por el sapo le exalta hasta el lirismo: "Desde hace mucho tiempo — exclama el célebre autor de los Cuadrúpedos Ovíparos — la opinión ha estigmatizado ese animal repugnante cuya proximidad rebela todos los sentidos. Todo en él es innoble, hasta el nombre. Se ha tentado el tomarlo como un producto fortuito de la humedad y la basura. Parece viciado en todas sus partes; como hecho de un barro frío y vil. Su enorme vientre está siempre inflado. Sus ojos molestan por la cólera que los anima. Si tiene patas, éstas no levantan su cuerpo arriba del fango; si tiene ojos, éstos no son para recibir una luz, de la que huye. Comiendo hierbas hediendas o venenosas, sucio en su habitáculo, repugnante por sus hábitos, deforme en su cuerpo, oscuro en sus colores, infecto en su aliento, abriendo cuando se le ataca unas fauces horrorosas, no teniendo más que la obstinación de un ser estúpido, se diría que la Naturaleza ha creado el sapo, para dar relieve, por medio de un fuerte contraste, a la nobleza y belleza de sus otras producciones".

Hubo ciertamente, en Inglaterra — reconoce Lacepéde — un sapo que, conservado largos años, no pareció ni tan sucio ni tan malo, pero se trataba de un sapo británico, cuyas inclinaciones habían podido ser corregidas por la frescura del clima.

Semejante indignación se nos aparece hoy risible. El sapo no nos parece, al fin de cuentas, ni más tosco, ni más repugnante que muchas otras criaturas naturales. Y sabemos, por otra parte, los servicios que rinde a la horticultura.

Pero si bien el sapo no necesita ya ser rehabilitado, no por eso permanece menos desconocido para la mayoría. Es, sin embargo, uno de los personajes más representativos de la sociedad animal y uno de los más atrayentes, no solamente por lo que la ciencia nos ha revelado ya de él, sino por los problemas que propone su estudio.

El sapo es un batracio y no un reptil gactracio, como lo quiere el diccionario de la Academia que, por otra parte, en materia de clasificaciones, se ha quedado en la época anterior a Brongniart.

Los batracios ofrecen, en la historia evolutiva, la importancia extrema de haber sido los primeros vertebrados terrestres, los primeros que caminaron. Inauguran la pata, el miembro con cinco dedos. Innovación de consecuencias, puesto que de la pata debía salir la mano. Se ha podido decir sin exagerar que, del pez al batracio, la distancia es más grande que del batracio al hombre. Los sapos están munidos de tres párpados: uno superior, estrecho, espeso, coloreado de verde; uno inferior, rudimentario e inmóvil; y uno nictitante, insertado en el párpado inferior. El nictitante, móvil, translúcido, puede juntarse con el párpado superior sin molestar casi la visión. Cuando el sapo está en el agua, recubre el globo del ojo con él, como con un vidrio de reloj.

Su lengua, espesa y carnosa, de un rosado pálido, ofrece la particularidad, señalada ya por Aristóteles, de estar al revés de la nuestra, implantada adelante y libre atrás, en la cavidad bucal.

El sapo posee, en común con la rana, la facultad de alterar su color a medida de las condiciones externas. Se armoniza, en una cierta medida, con el tono-ambiente: sobre un fondo blanco se torna más claro, sobre un fondo negro, más sombrío.

La sequedad y el calor, lo [illegible]; el frío y la humedad, lo oscurecen; las emociones, en fin, miedo o cólera, pueden hacerlo palidecer.

El sapo puede pasarse mucho tiempo sin alimentos. Ségur colocó sapos en vasos de tierra, revestidos de yeso, y tuvo la sorpresa después de haberlos dejado allí cinco o seis años, de encontrar uno en perfecta salud, el cual, tan pronto como fué liberado, recobró sus movimientos habituales, como si no hubiera existido interrupción alguna en su modo de vivir.

Claude Bernard exhumó un sapo al que había enterrado, dentro de un vaso cerrado, poroso, lleno de tierra húmeda, después de dos años: el animal vivía aún, a pesar de que había adelgazado considerablemente.

El sapo es muy resistente. Sobrevive varias horas a la decapitación, varios días a tajos en el corazón, cuarenta días a la ablación de los pulmones, varias semanas a la amputación de los ojos. El sapo hindú traga tranquilamente y sin hacerse daño, grandes carbones encendidos.

Es poco combativo, pero no incapaz de toda pugnacidad. En particular la serpiente, por su cabeza y por su lengua, tiene sobre él una acción muy excitante. Una vez llegado al estado de excitación belicosa, el sapo reacciona combativamente en presencia de todo objeto que se mueve.

Carece de tendencias sociales. Es un solitario, un ermitaño. Salvo en la primavera, para el amor, parece ignorar a sus semejantes. Se ha podido decir que en su especie cada individuo vive como si fuera el único representante.

Puede ser domesticado. Se acostumbra a tomar su alimento de manos humanas. Reconoce la voz. El naturalista Boulenger conservó durante doce años un grueso sapo de Jersey. El animal no mostraba ninguna timidez. Le gustabo, por el contrario, manifiestamente, que se lo manejara; se agachaba para que le acariciaran el lomo; levantaba la cabeza y acudía en cuanto se le golpeaba el vidrio de su terrarium.

Fottergill cuenta haber domesticado un sapo dándole muchos insectos. El animal partía de caza todas las tarde y todas las mañanas, fielmente, se reintegraba a su domicilio. Sucedió esto durante varias semanas. Pero un día de gran recepción en casa de Fottergill el sapo se asustó, rehusó comer, y, la misma tarde se fué, para no volver hasta el año siguiente.

La antigüedad ha tenido al sapo por temible para el hombre. Se le ha incriminado su líquido pustular, su sudor, su saliva, su orín, hasta su aliento.

"Hay que guardarse de dormir en los campos — dice Ambrosio Paré — teniendo la boca cerca de algún agujero donde los sapos y otras bestias venenosas habitan, para evitar el atraer su veneno al respirar, lo que podría ser causa de la muerte del durmiente". Un hombre murió, cuenta Schenck, por haberse frotado las encías con la hoja de una salvia, bajo la cual vivía un grueso sapo.

Contra el envenenamiento causado por los sapos, se preconizaban extrañas prácticas. El paciente debía introducirse en el cuerpo de una mula recientemente sacrificada y quedarse allí hasta que el animal se enfriara del todo. El veneno se evaporaba con la traspiración. Frecuentemente eran necesarios varios cuerpos de mulas. A falta de mula, se sudaba dentro de un caballo. La leyenda quiere que César Borgia haya seguido este tratamiento.

Si es verdadero el terror que inspiraba el sapo a los hombres era perfectamente absurdo, porque ese animal no puede dañarlos en nada, no lo es menos el hecho de que produce un verdadero veneno.

Produce hasta dos, como lo ha demostrado Mme. Phisalix. En primer lugar el sapo emite, por la superficie entera de su cuerpo, un sudor tóxico. Contiene un veneno estupefaciente, paralizante. Constituye lo que se llama impropiamente la baba del sapo, el cual, estando desprovisto de glándulas salivares, no se sabe cómo podría producir baba.

El segundo veneno es llamado dorsal, porque proviene estrictamente del dorso del animal. Sale raramente, bajo el efecto de una fuerte compresión o de una viva irritación.

Por vía bucal, para matar o intoxicar un hombre, se calcula que sería necesario el veneno producido por una decena de sapos. A pequeñas dosis, la ingestión del veneno del sapo ejerce una acción narcótica. Mme. Phisalix cita el caso del sirviente de un laboratorio a quien le agradaba a tal punto el alcohol que llegaba a beber aquel donde se maceraban las pieles de los sapos, y después de esa proeza tóxica se iba tranquilamente a dormir en el sillón del profesor.

Ni el veneno dorsal, ni el ventral, repetimos, presentan para el hombre el menor peligro, ya que el sapo no dispone de medio alguno para introducirlo en nuestra economía.

Juan Rostand

Ilustración de [illegible]

Bibliografía

EDDINGTON. — Expansión del Universo.

NEWTON ve caer una manzana y de esto hecho sencillo deduce su ley de la atracción universal, que llamamos hasta hoy newtoniana; trabajo mental en verdad digno de admiración. Einstein expone su teoría de la relatividad generalizada, y poco tiempo después, revisando su desarrollo, encuentra dificultades —en la teoría— al tratar de aplicarla a los espacios infinitos. Introduce, entonces, un término de corrección del orden de una coma decimal seguida de cincuenta y cuatro ceros y un uno, suprime el infinito, nos encierra en un universo ilimitado pero no infinito, y dice que bajo determinadas circunstancias los cuerpos se repelen en lugar de atraerse. La ley de Newton pasa a ser un caso particular de la teoría de Einstein, aplicable solamente cuando las distancias son "pequeñas", como las que existen entre nuestro planeta y los restantes del sistema solar. ¿Cuál de estos trabajos es más importante, o si repugna la palabra, más grandioso? Y aceptado que falle por uno o por otro, el autor del que resultara favorecido por la elección ¿necesitó disponer de un taller mental más poderoso, o dispuso simplemente de más material?

Estas preguntas caen ya dentro del dominio de la filosofía o la metafísica; y es este terreno, precisamente, el que, por resbaladizo, trata de evitar el señor Eddington en su libro "La Expansión del Universo". Pero no por que lo evite resulta menos interesante esta "aventura de la imaginación matemática en el espacio esférico", como lo llama su autor con modestia que reitera al final calificándose de "burro", lisa y llanamente, por haber tratado de expresar en forma inteligible conceptos para los cuales el espacio comprendido entre los parietales de la mayoría de los hombres resulta insuficiente, o al menos, insuficientemente cultivado.

El Universo (¿por qué será que hasta el más escéptico se siente respetuoso y escribe esta palabra con mayúscula?); el Universo, pues, se expansiona; las nebulosas se separan todas unas de las otras y de la nuestra; es una fuga precipitada de mundos, una huida de masas tan enormes que cada estrella es sólo una partícula de su contenido. Y cuanto más se alejan más se repelen, más tienden a alejarse. ¿Dónde va este Universo? El Universo original, nos explica Eddington, probablemente ya está roto en varios pedazos, que interponen distancias entre sí más rápidamente de lo que corre el único mensajero cósmico seguro que conocemos: la luz. ¿Qué se propone, pues, este sistema? Llegará, si persiste, a un universo De Sitter, lleno de movimiento y sin materia o casi sin ella. Y de allí, ¿volverá a recorrer el mismo camino, y después de pasar por el estado de Universo Einstein (materia sin movimiento) empezará a contraerse?

Todos estas preguntas y el esbozo de las respuestas a algunas de ellas provienen de un ligero enrojecimiento de la luz que nos llega de los mundos remotos, y cabe dudar de si él será real o si habrá surgido de simples especulaciones. Algunos de estos hechos, sin embargo, fueron previstos por la teoría y concordaron, lo cual no obsta para que el autor de "La Expansión del Universo" recuerde, casi al principio de su obra, lo poco que le corresponde al hecho simple de la observación en el descubrimiento de una nueva estrella: y no se comprende bien si lo hace por defender la teoría en contra del empirismo puro, o como una llamada de atención, como el "morir habemus" trapense.

PIO BAROJA. — Los Visionarios.

PIO Baroja, es un viejo y tenaz enemigo de América. Dispersos en su vasta obra hay más de cuatro conceptos hirientes, injustos y agresivos contra los americanos, y esto, aunque parezca o pueda parecer paradójico, es un motivo bastante serio para que la crítica de cualquiera de los países de América arroje de cuando en cuando una mirada sobre los libros de Baroja. Amigos y enemigos, son en realidad, nuestro pro y nuestro contra, pero ambos nuestros. El indiferente está más lejos de nosotros que el enemigo. A este pequeño condimiento que puede atraer nuestra atención hacia Baroja, se une en su última novela "Los Visionarios", el interés de un tema de actualidad palpitante en todo el mundo: la cuestión agraria y campesina. Baroja la observa y analiza, adelantemos que muy mal, y hasta grotescamente, en los campos de Andalucía. ¿Está capacitado Pío Baroja para interpretar y comprender semejante hecho en el terreno de la realidad española o en el de cualquier otro país? Después de haber leído "Los Visionarios" no es necesario vacilar mucho para responder con una negación rotunda. Pero en rigor, tratándose de un novelista y no de un economista, podría pasarse por alto su incomprensión de la realidad y las proyecciones del fenómeno social, siempre que al menos nos diera de él una visión viviente, rica de sugerencias, animada. Por el contrario, la visión que nos da Baroja del movimiento social en Andalucía es, o boba o siniestra. Los dirigentes obreros que desfilan por las páginas de "Los Visionarios" (que desfilan en toda la acepción de la palabra, pues no hacen más que pasar por allí), cuando no son bandidos reales y verdaderos lo parecen de un modo enteramente sospechoso.

Dado el terreno sobre el que se desliza la novela, pudo tener una vitalidad intensísima. Pero Baroja está ya, por lo visto, demasiado viejo. Todos sus defectos se han centuplicado con los años. Su estilo es de tal manera seco, árido y desagradable, que se creería estar leyendo, no una novela, sino un informe comercial. Los tres protagonistas, si se puede hablar de protagonistas, en algo que carece totalmente de trama, se trasladan monótonamente de un punto a otro de Andalucía, y en cada uno de los pueblos de tránsito, solicitan y reciben, acerca de la localidad, escrupulosos informes, pedidos y satisfechos con una minuciosidad de notario. En los momentos (escasos) en que no requieren o reciben informes, Fermín, Anita y Michel, conversan de cosas desprovistas de interés. Y como al fin Baroja sospecha que todos deben estar ya muy aburridos de tan simpáticos amigos, nos obsequia con un cuento final, acerca de unas pobres señoritas pueblerinas arruinadas por la revolución, y que para colmo de males se ven víctimas de los ataques desatados contra ellas por un pícaro salido de su propia familia. (Este pícaro, naturalmente, es comunista). Se nos olvidaba agregar que al comienzo, en el libro I, asistimos a una conversación en la antesala de un enfermo, entre varios aristócratas y su médico, en la que se habla de los ex reyes de España, así como también de algunos otros pequeños episodios semejantes. Ninguno de los personajes vuelve a figurar ni desempeña el más mínimo papel en los seis libros restantes de la obra. Y ¿a qué seguir? Con lo poco que llevamos dicho basta para comprender que no sólamente entre nosotros se escriben libros a base exclusiva de palabras, aunque no haya nada que decir con ellas.

Negritos

TODO el negrerío del contorno partía de un remanso común. Eran una sola familia, una sola corriente miserable, escurriéndose avergonzada, instintiva y prolífica por entre una sociedad con tantas virtudes como prejuicios. La división de los negros "en familias" se producía por razones administrativas de los terratenientes. El rancho en un potrero, en el confín de un potrero apartado, representa un auxiliar de valía para el vigilante de la hacienda. Pero la congregación de varios ranchos en un solo punto, ya es una complicación. El tránsito de los campos se hace continuo, el movimiento de la gente inquieta los ganados. Los negros reunidos le soplan los tizones al diablo, afilando la haraganería. El estanciero los admite por necesidad de su oficio. Exprime hasta donde puede la utilidad de los negros, a quienes compensa con "menudos", restos de tabaco, caña floja, changas de paga menguada y promesas que no se cumplen nunca. Por cálculo, les desparrama las viviendas. Como sus ambiciones no trasponen las líneas de la heredad del patrón, los desheredados se amoldan. Viven. Tal vez sueñen.

★

Del Sauce a los Molles, muchos ranchos "cacundas", desgarbados y chiquitos, desafiaban el horizonte, agobiados de soledad. Ranchos inermes. Sin el complemento de los gallineros pletóricos, sin la gala de las quintas. Sin carros, sin herramientas, sin corrales, sin el hervor opulento de todas las "casas" de campaña. Algún perro ciego caminando sin rumbo, con la cabeza levantada, temeroso de hocicar en las ortigas — alguno de esos perros inútiles para la estancia, al que el patrón no despenó de un tiro por lástima — y nada más. Pobreza triste y fatigada de las mujeres, ocupadas siempre con los "lavados" interminables. Ausencia continua de los varones adultos, braceadores en los bretes, "agarradores" de sol a sol en las esquilas, alambradores, monteros, sancochones de potrillos mansos... Sólo el parloteo destemplado de una cotorra desesperada, cuya jaula juega al viento colgada en el mojinete, o el gimoteo de un negrito de ojos profundamente luminosos, que protesta por su ración, revolviéndose en un cajón vacío, son una nota viva y característica en los ranchos. Lo demás es cansancio, aplomo, tristeza, predestinación. Cuando el negrito duerme, con la cara estrellada de leche materna, servida en los apurones de la faena, el silencio y la soledad es más grande que los campos.

Sorbidas por el arroyo y las cañadas durante el día, las mujeres tornan en la anochecida, pasan la aldaba a la puerta de hojas horizontales, y se tumban. Ignoran el miedo a los merodeadores. Si alguno llegara, no vendría a robar ni a vengarse. Vendría disparándole al día.

★

A lo lejos, la estancia abría un boquete blanco en el campo. Allí caían los negritos de todos los ranchos. A la jineta en las caderas amplias de las morenas mozas, la primer visita a las casas la hacían los gurises a desgano. La madre acudía a un llamado apremiante, trabajo extra para sus fuertes espaldas doloridas. Dejar los críos en la ranchería distante era peligroso. Bajo los árboles del traspatio o en un rincón de la cocina de la peonada, el negrito no estorbaba. Allí quedaba horas y horas, con la cara jaspeada de pan seco, expuesto a las lamidas de los perros mansos y a los "tinguiñazos" de los muchachos arteros. Algún terrón de azúcar encendía la gula y apagaba las protestas del cuitado.

Cuando podía tener un mate entre las manos, sin chorrearlo, el negrito no saldría más de la estancia. Serviría primero a la patroncita, luego a la cocinera. Más tarde, niño aun pero ya musculoso y endurecido, ganaría los galpones, el campo, los montes.

Las morenas prolíficas, no precisaban hijos, según la expresión de la patrona. En la estancia podían hacerse hombres. Era verdad. Por lo demás, Dios y las lunas concedían gracias espléndidas a la pobre carne transida, flagelada por la maternidad. En los ranchos siempre había muchachos chicos.

★

Iban creciendo los negros, aporreados por la incofprensión, las puyas, el descontento invariable, los chirlazos en las canillas relumbrosas.

Del patrón al "agregao", todos los mandaban con autoridad, asco y derecho. En la estancia eran una fuerza enorme, pero domeñada y dócil. Así vivían callados, entristecidos y taciturnos, quince, veinte, veinticinco años. Hasta que alguno de los peones hacía una judiada, complotados con sus compañeros blancos, cargando la culpa a cualquiera de aquellos infelices.

—Fué Nieves, patrón.

—Sí, señor, yo lo vide.

El patrón "hacía un ejemplo". Tenía un chicote de trenza fina para las ocasiones. Le daba hasta hincharle las manos, los pómulos y las canillas al "delincuente". El patrón sudaba como si estuviera en los bretes, maneando ovejas en pleno diciembre. El negro apretaba los dientes y sorbía las lágrimas que le saltaban como garbanzos. Los peones contenían la risa mientras estaba el patrón. Pero, cuando aquél desaparecía, con el continente de un justo, en las piezas de adentro, recomenzaban el holgorio.

★

Una madrugada se levantaban los peones, se dirigían somnolientos a la cocina y encontraban el trafoguero ahogado por la ceniza. El fuego apagado.

—Se ha dormido el muyinga...

Iban a despertarlo a patadas, pero no lo encontraban. El negro se "había apretado el gorro".

Trascurría un mes, dos, tres. La estancia olvidaba al prófugo, sustituído por otros negros. Seguía su vida feroz, continuada y avasalladora.

Cuando aparecía boca abajo, en la Picada del Medio o en Las Talas, un familiar de la estancia con el pecho abierto de una cuchillada, el pensamiento unánime reconstruía la figura del prófugo. Y el círculo de odio, asco e injusticia seguía estrechando a los infelices hijos de las rancherías cuyas puertas no se atrancaban en las noches, como si esperaran alguna semilla voladora.

★

por

Santiago Dosetti

ILUSTRACION DE ROJAS





Dios en el Brasil

EN el Brasil, principalmente en aquellas zonas en donde más se deja sentir la influencia colonizadora lusoafricana, la religión, más que un sentimiento lógico de los hombres, es el producto de la superstición. Los hombres de aquellas generaciones brasileñas, de esta suerte supersticiosos, no parecía que tuviesen los ojos presos a la vida; dan la impresión de que los tuvieran vueltos hacia la muerte, y que poseían un alma cargada de pecados que era preciso salvar de las llamas del infierno... Es, tal vez, a causa de ese terror que, todavía hoy en el Brasil, mientras la radio desparrama por los cielos melodías de todos los continentes y de todas las lenguas, en los poblados que conservan imágenes tenidas como milagrosas, millones de romeros, venidos desde muy lejos, se postran postulando milagros, y las supersticiones prosperan, y nuevas leyendas se van formando, aquí y allí, a la sombra del prestigio de este o de aquel santo...

Se argüirá que Francia tiene la célebre gruta de Lourdes, y que, en Nápoles hay estatuas de yeso que vierten sangre...

En el Brasil las imágenes célebres son incontables, y cada una de ellas tiene su historia que daría margen para un libro.

Las imágenes del Buen Jesús, por ejemplo, que en agosto dislocan de unas ciudades hacia otras multitudes increíbles, las increíbles multitudes de los que van a saldar sus promesas.

Y, he ahí, en las promesas, la razón del prestigio, siempre creciente, en pleno siglo XX, de las imágenes seculares de las iglesias brasileñas.

¿Qué es una promesa? Es un voto que se formula en una hora de angustia. La madre amorosa que tiene al hijito enfermo y ve que los médicos no logran devolverle la salud, se arrodilla y reza:

—¡Buen Jesús, haz que mi hijo se ponga bueno, y yo te prometo ir este año a Pirapora, para besarte los pies!...

Y en agosto, en los días movimentados de las romerías, Pirapora desborda de gente de todos los colores, y de automóviles de todos los precios.

Son cuatro en el Brasil las imágenes más notables del Buen Jesús. La primera queda en la diminuta villa fluvial de Paraty, en el Estado de Santa Catalina; la segunda, en una capilla construída sobre un morro de piedra, en Lapa ,a orillas del río San Francisco, en Bahía; la tercera, en una vieja y silenciosa ciudad que se llama Iguape, en el litoral paulista, y la cuarta, en Pirapora, antiguo y tranquilo villorio, a dos horas de automóvil de San Pablo, metrópoli dinámica, hecha de hierro y cemento.

Cuatro son; pero de las cuatro, dos solamente —la de Iguape y la de Pirapora— despiertan la curiosidad por sus detalles raros.

El Buen Jesús de Iguape ejerce una atracción inmensa sobre todas las poblaciones brasileñas que viven al borde del mar, desde Río de Janeiro hasta las fronteras del Uruguay.

Cierto día de julio —hace de esto ya algunos años— me encontraba en Paranaguá, y al dirigirme al mercado para comer los exquisitos camarones que allí se preparan, advertí que un hombre, ya de cierta edad, recio como un Wallace Beery, jugaba en la playa con un barquito, como de un metro de largo, casi portátil, y le pregunté:

—¿Un juguete de aniversario, para su hijo?

El hombre no respondió. Se limitó a sacar del bolsillo algunas velas de estearina, las afirmó en la cubierta del minúsculo barco y comenzó a encenderlas una a una. Llevó luego las manos al pecho, como si estuviese rezando, y por fin, empujó mar afuera al barquichuelo, que siguió rumbo a la barra, con su velamen combado por el viento fresco que soplaba...

Recién entonces comprendí la significación de aquel espectáculo tan simple y tan conmovedor, porque recién entonces advertí que estaba delante de una tradición marítima de las más populares entre los pescadores del sur del Brasil: la tradición de las velas encendidas que van, solas, a través de los mares, a llevar a Iguape, al Buen Jesús, las promesas enviadas por sus devotos...

Incrédulo, indagué del hombre:

—Pero este barquillo, sin brújula y sin tripulación, ¿cómo podrá ir por sí solo a Iguape, que queda tan lejos? ¿Y cómo podrán llegar allá esas velas encendidas, sin que el viento y la lluvia las apague?

El interpelado contempló un momento la pequeña embarcación que se alejaba y luego, volviéndose a mí:

—Pregunte —dijo— a los remeros del año pasado, en Iguape, si no fueron a aportar allá, con sus velas encendidas, tres "fragatas" iguales a ésta, botadas al mar mucho más lejos, allá en Río Grande. Si esta mía no llegase, será por culpa de mis pecados. Es señal de que mi alma no está bien limpia todavía para poder hacer estas ofrendas al Buen Jesús...

Como la imagen del Buen Jesús de Pirapora, la de Iguape fué encontrada, hace siglos, en un río cerca de la ciudad, retenida por un arrecife que ya no existe, porque los remeros la fracturaron, llevándose, cada cual, un pedazo como recuerdo.

Y corre la leyenda de que los pedazos de la piedra que retuvo la imagen en el río, son también milagrosos: de pedregullos que eran, con el correr de los años, van creciendo, tornándose grandes, como el arrecife que, a semejanza de la cruz del Gólgota, se subdividía por el mundo en reliquias innumerables...

La imagen del Buen Jesús de Iguape, es como sus hermanas de la Orden de la Clausura: no sale de su iglesia para ser conducida por las calles en procesión. La de Iguape, sin embargo, abandona su altar cada cincuenta años, siendo el año en que se cumple este plazo declarado santo para los romeros. El año que asistí a la romería. se cumplían los cincuenta años de su última procesión. ¡Esto en pleno siglo XJ!

Sin embargo, las fiestas del Buen Jesús, en Iguape, no tienen para los curiosos atractivos especiales. Son fiestas netamente brasileñas, brasileñas por la tradición y por la simplicidad.

Las de Pirapora, por el contrario, tienen la colorida movimentación que les presta la diversidad de masas humanas procedentes de muchas tierras, negros en quienes se reenciende, como por encanto, la voluptuosidad de los ritos africanos; agregados a las "fazendas" ricas; bolicheros portugueses; gentes de todas las castas, de todas las razas, mezcladas en un cocktail absurdo de danzas fetiquistas del Congo, de juegos de azar, de ceremonias religiosas, de copiosas libaciones de alcohol, de amores sórdidos en los parajes sombríos, de piadosos actos de contricción en la iglesia paupérrima que trasciende a sobaquina...

Pirapora es una paradoja.

Como un cicerone, más o menos bien informado, voy a conducir a los lectores de CRITICA al teatro de estas tocantes aberraciones.

Con sus cuatrocientos habitantes, el villorrio queda al fondo de un valle ajeno por completo al progreso paulistano. El camino carretero, tan frecuentado por automóviles y camiones, que liga la capital paulista a las grandes ciudades modernas del interior del Estado, pasa rozándole casi sus lindes.

Pirapora se detuvo en el pasado.

Hacia la derecha, sobre el morro, se yergue el Seminario de los Padres de la Orden de San Norberto. Abajo, a brevísima distancia, destaca una capilla cercada casi por un centenar de casas, treinta de las cuales acaso sean residencias fijas de sus habitantes. Las restantes sirven de alojamientos que sólo se llenan entre el 1 y el 7 de agosto, esto es, la semana que la iglesia consagra a las fiestas del Buen Jesús.

En esos días, el lugarejo que durante todo el año se destaca por su quietud, se convierte en una ciudad en donde todo es algazara, alegría, música y ruido.

Y los romeros llegan de todas partes, por todos los medios, a fin de cumplir sus promesas: en automóviles de lujo, en taxis baratos, en ómnibus (que allá por las carreteras de San Pablo se llaman "jardineras"), en jamelgos llegan familias de los lugares perdidos en las selvas, familias que llegan como tribus gitanas con sus carpas de lona, sus utensilios de barro y sus arrapiezos de narices cochinas...

Entro al poblado un mediodía dominguero, de sol ardiente, y la primera cosa que siento, envolviéndolo por completo, es una extraña nube colorada de polvo. Pirapora, en sus días de fiesta es, en síntesis: polvareda, sudor y ruido; más polvareda que sudor, más polvareda que ruido.

Allá en el centro, la capilla, toda adornada de banderitas de papel.

Formando alas en su escalinata, los postulantes de limosnas. Se oyen cantos religiosos que vienen de allá adentro. Es la misa que finaliza. Pero aquí afuera, lo que se oye es una tonada de zamba de carnaval.

Abriéndose paso por entre el gentío que se apiña en la calle única, desfila la Comparsa del Yacaré, y la tonada maleva de zamba que la conduce, se une, frente a la capilla, con las notas graves y gruesas del órgano que en la misa entona preces al Buen Jesús.

La comparsa es enorme. La componen doscientos negros que desfilan de a dos en fondo, cantando y bailando, ahitos de "cachaza"; unos vistiendo saco y cuello; otros —los más— sin saco y sin cuello, llevando en lugar de éste, como los malevos de los sainetes porteños, vistosos pañuelos, y en las negras, lo que de pronto se advierte, además de sus encías coloradas en donde huelgan restos de dientes, son los sombreros de los hombres a quienes ellas se juntaron en el poblado en ebullición.

Sobre las veredas, el samba no impera ya ni se escuchan los ecos de los cánticos sagrados. Vive el juego en cien bancas de jaburú, que se extienden calle afuera. Es una especie de ruleta que tiene, en vez de números que decidn la suerte de los jugadores, figuras de animales. Las apuestas se suceden y en ellas los romeros venidos del interior pierden, matemáticamente, el precio del pasaje de regreso.

En las casas, que son de un solo piso, se improvisan negocios de café y ventas de tortas y sandwichs, todo ello mezclado con la polvareda que constantemente se levanta del suelo.

Pirapora es una fusión típica de las fiestas religiosas de los poblados portugueses y reminiscencias de las de Africa, existentes aún en la sangre negra que circula en las venas de una buena parte de las poblaciones brasileñas .

En su "Breve Historia del Mundo", Wells cuenta que el primer dios de los hombres primitivos nació del terror. No pudiendo explicarse el trueno que los amedrentaba, imaginaron que debía de haber en el universo algo más poderoso que ellos desconocían y que sería capaz de castigarlos... Pasaron, entonces, a adorar a ese algo, y así fué que Dios empezó a existir como un vengador todo poderoso, que solamente más tarde Moisés humanizó.

Pero en el Africa negra, de tribus no civilizadas aun, el dios que existe no es cristiano, ni es siquiera el de Gautama Budha, ni el de otras gentes orientales: es aquel mismo que atemorizó a los hombres primitivos...

Encuentro en Pirapora la revelación de esta verdad, sorprendiendo a los descendientes de los africanos en su momento de reintegración en los usos y prácticas de la tierra de donde vinieron sus abuelos.

En la ciudad, viviendo la vida común, ellos son ya como cualquiera de nosotros. Basta, sin embargo, que en medio de una ceremonia religiosa a la que asisten contritos, se oiga el batuque sordo de los tambores africanos, ritmando una danza negra, para que se transfiguren e, instintivamente, cambien sus oraciones católicas por el deseo irrefrenable de ingresar en la "congada" y cimbrear el torso, horas perdidas, en el bárbaro espectáculo.

Es que los dioses africanos son otros, y no es en dos, ni en tres generaciones que se plesma un alma nueva en una raza vieja de antes que existiese la Biblia.

El poblado portugués en las fiestas católicas no tiene influencias africanas. Pero corre en ellas el vino, y las alegrías del vino son siempre abundantes. Llevando a las festividades religiosas del Brasil las expansiones de sus poblados, los lusitanos fueron a encontrar, en las romerías brasileñas, el ruido de los ritos bárbaros, y ambos, el poblado portugués y el poblado africano, se fundieron, haciendo de Pirapora eso que es hoy: ¡Dios y el Diablo, del brazo, siete días cada año!...

★

¿De dónde el prestigio increíble de aquella imagen yacente de Jesús, en Pirapora?

En los comienzos del siglo XVIII, los jesuítas fueron, en el Brasil, objeto de encarnizadas persecuciones, y mucho de cuanto poseían se perdió en sus fugas precipitadas o fué arrojado a los ríos y a los mares por sus perseguidores.

Así explica la historia lo que el pueblo cree ser un milagro: el aparecimiento, en lugares yermos, de imágenes construídas evidentemente en Portugal por hábiles artistas.

El Buen Jesús de Pirapora fué encontrado así, en 1725.

En aquella época, San Pablo era una villa pequeña y tranquila, y Pirapora no pasaba de una "fazenda" perdida en el desierto, perteneciente a un "señor de esclavos", José de Almeida Naves. Por el centro de la "fazenda" serpenteaba el río Tieté, en cuyas aguas los esclavos acostumbraban a bañarse a la puesta del sol, después de la árdua faena de todos los días. Una tarde hicieron un descubrimiento sorprendente. En medio del río, arrimado a una tosca, había una imagen yacente de Jesucristo.

José de Almeida Naves recogió, sorprendido, el misterioso hallazgo, convencido de que había sido objeto de un extraordinario beneficio de los cielos. Solicitó, por ello, licencia al párroco más próximo para conservarlo en una capilla que inmediatamente haría construir en sus tierras.

El siglo XVIII no contaba con rotativas ni hilos telegráficos, pero relatan los conocedores de las tradiciones locales, que el suceso se divulgó por todo el Brasil con la rapidez del rayo, y que en 1726, al inaugurarse la capilla del Buen Jesús en Pirapora, recibía los primeros peregrinos venidos hasta de Minas Geraes, a caballo, a través de leguas infinitas, por atajos impracticables casi, en viajes que duraban meses.

Se creó, pues, la leyenda de que la imagen era milagrosa, que había sido colocada allí por Dios, y su resultado fué lo que hoy se observa en el extraño museo que el poblado posée.

Los romeros que van a Pirapora para agradecer los favores que recibieron, posan ante los fotógrafos apostados a la puerta de la capilla, y ofrendan las fotografías, con dedicatorias inocentes al Buen Jesús, o le dan, como presentes, mechones de cabellos o prendas íntimas. En la capilla no quedaba ya lugar para guardarlas. Hubo que construir una especie de galpón, ancho y largo, y es en ese museo donde pueden verse hoy todas esas extravagancias que motivarían un regocijante volumen de Mark Twain. Se advierten en él, entre muchas otras cosas, velos de novia que atribuyen su felicidad conyugal a la célebre imagen; retratos de vacas, que curaron, porque sus dueños rezaban piadosamente pidiendo al Buen Jesús que las librase de la fiebre aftosa...

Y el río, en donde la imagen fué hallada, se transforma en los días romeros, en un nuevo Jordán, cuyas aguas curan los males del cuerpo y limpian las almas...

Hombres y mujeres, junto a sus orillas, se quitan los zapatos y chapotean en sus aguas turbias con el pensamiento puesto en el hijo de Dios. Luego, en el curso de la pequeña rampa construída frente al sitio del aparecimiento milagroso, van recogiendo, al paso, los guijarros que encuentran, se secan los pies con el pañuelo en el que ponen y atan las reliquias, y satisfechos regresan a sus lejanos penates, confiados de que, en los días venideros, el Buen Jesús de Pirapora les dará salud, paz y dinero.

Las fiestas empiezan un día domingo, a las nueve de la mañana, y terminan el siguiente, a las nueve de la noche, con el regreso de casi todos los romeros, porque muchos hay que se quedan y recién uno o dos días después, exhaustos, emprenden el camino de San Pablo: son los negros, los exóticos huéspedes de la "Casa das Congadas", íntimamente semejantes a los personajes alucinantes de las macumbas.

Al caer la tarde subo la ancha escalinata de piedra que va a dar allá arriba, al Seminario. El abad belga, rechoncho y risueño, me invita a visitar la hermosa capilla que mandara construir allí. Una capilla toda blanca de severo estilo gótico, y el altar, en madera de ley, color chocolate. Los rayos del sol hieren los vitraux ojivales. Cerca del altar, colocados entre dos columnas grises, veinte religiosos de hábito color crema, rezan en voz alta el triste y monótono oficio divino.

Poco a poco, todo empieza a adquirir un tono violeta, y un aire remansado de misticismo y de recogimiento.

Salgo y atravieso amplios claustros desiertos. Por un ventanal que quedara abierto un poco más adelante, llega, apagadamente, el ruido del bombo y de los tambores que cadencian las danzas bárbaras de los romeros negros, en la "Casa das Congadas".

—Vaya usted a verlos, más tarde —me aconseja el abad—. Por la noche, el espectáculo lo impresionará mucho más.

Acepto el consejo y espero que la luna suba.

★

La "Casa das Congadas" es, exactamente, como un galpón de Aduanas, con dos piezas. Dentro no hay paredes interiores. Dijérase una amplia cancha techada para cobijar un match do football, en un día de lluvia. Nada tiene que sea bonito: es sucio y sórdido.

La Municipalidad la construyó para el uso exclusivo de los romeros pobres que no conducen carpas ni pueden pagar alojamiento.

A fines de julio se abren sus portones, y quien quisiere puede penetrar en ella; la entrada es gratuita.

Los romeros —más negros que blancos— van entrando con sus bagajes y acompañado en el lugar que más les plazca. Extienden la estera que les servirá de cama, y al pie de ella colocan el braserillo, la cacerola de barro, los paquetes con café, carne seca y alubias (feijão), que, allí mismo, irán preparando para sus meriendas.

De lo alto penden vagas lámparas eléctricas. La "Casa das Congadas" no requiere el lujo de las luces profusas.

Apoyada a una columna está una vieja negra, que fué esclava de un hidalgo paulista, hace cerca de cien años. Su rostro son dos ojos, una boca y una nariz perdidos en la maraña de las arrugas. Y de sus belfos marchitos y amoratados cuelga un cachimbo que despide un olor horrible de sarro. Viste ropa de percal que debió tener colores vivos en otros tiempos ,y mira cuanto le rodea con "saudade" y alegría a un mismo tiempo.

Está en su medio, y de ahí a poco sus cien años bailarán también, aunque lentamente, al ritmo de los sonajos y tambores africanos.

Durante toda la semana, que terminará dentro de poco, centenares de cacerolas hervirán en la "Casa das Congadas", al amor de los braseros que llenan de humo sus dos pavimentos.

Mis ojos arden ya, irritados por la humaza. Los de los negros, no. Brillan de contento, felices con las danzas que ven y con el barullo que sienten.

Respiro, y siento náuseas. ¡Esas esteras, esos cuerpos cansados que conservan sudores de siete días!...

Los bombos rezongan y los tambores repican. La multitud se codea a su alrededor, espiando.

Es la "congada", la danza que no tiene fin, que revive en el Brasil de ahora el Africa de los primeros esclavos que los portugueses arrearon hacia el continente nuevo.

De pronto, un soldado se quita la chaqueta, las pantorrilleras y se anuda en la cabeza un pañuelo colorado. Tiene un perfil de gitano, pero de tinte negro. Tomó el bombo y comenzo a golpear en el cuero tenso, arrancando de él sonidos duros y roncos. Y con el instrumento apoyado al vientre, golpeando siempre, avanza tres pasos y retrocede otros tres, acompasadamente. Se inicia la "congada".

¿Qué es la "congada"?

Nada más que eso: un cimbrear monótono de torsos de hombres, que se despojaron de sus sacos, y de mujeres que se desprendieron de sus zapatos de taco alto y de sus medias de seda .. Y se retuercen, giran en torno de sí mismos, imprimiendo al ritmo bárbaro el bárbaro compás de la danza, en tanto que sus voces cantan, en sonidos entrecortados un estribillo que no cambia nunca.

—Oi, meu Deus de céo!

Grita un negro espigado. Y los otros,, acompañando la cadencia del bombo:

—Eh! seu barao vae me pegá!

Y con la humareda que continúa desprendiéndose de las brasas vivas, debajo de las cacerolas de barro, la "Casa das Congadas" parece un subterráneo envuelto en la penumbra, en donde danzasen, alcoholizados, mil negros traídos de la Costa de Marfil.

—Oi, meu Deus de céo!

—Eh! seu barao vae me pegá!

La "congada" viene hace siete días, día y noche, haciendo contorsionar cuerpos y tañer bombos y tambores. Y la "congada" continuará hasta rayar el sol.

Danzan algunos durante media hora, y salen extenuados para descansar sobre la primera estera que encuentran. Ocupan sus puestos otros que ya descansaron. Chocan tañedores de bombos y bailarines. La "congada" prosigue, porque es la propia alma del Africa, una emoción africana, un mito continuo...

Me aproximo un poco más, y advierto en los cuerpos femeninos en confusión, que cimbrean y que cantan, figuras blancas casi ya, mulatas graciosas, que en las calles principales de San Pablo hacen el footing por las tardes y tienen sus admiradores.

Como todos, ellas también se pusieron en desaliño, como si el ritmo salvaje, dominándolas, les hubiese borrado el pequeño barniz de civilización que las hace, lejos de las "congadas", hermanas casi nuestras, los que tenemos conformación europea...

—Oi, meu Deus do céo!

Alucinado, el soldado del pañuelo atado a la cabeza toca el bombo violentamente y da tres pasos hacia adelante y tres pasos hacia atrás.

Y los bailarines —organillos de cuerdas en precipitación— cantan y se contonean:

—Eh! seu barão vae me pegá!

Un chauffeur portugués se entusiasma y quisiera integrarse en el ritmo negro. Sus movimientos son iguales y, también él, repite el estribillo. Pero fracasa, porque el microbio de la "congada" no está en su sangre.

El reloj bate la medianoche.

Allá arriba, en la colina, se apagan las últimas luces del Seminario, que queda envuelto en el silencio de los claustros.

En sus automóviles, en los ómnibus, en sus caballos, en sus pesadas carretas, los romeros emprenden la retirada.

Pirapora vuelve a sed un villorio quieto y holgazán.

Pero en la "Casa das Congadas" continúan extraños al calendario que señala el final de la fiesta.

Subo a mi automóvil. El poblado desaparece, a poco, en la curva de la carretera. Sin embargo, mis oídos oyen aún, a la sordina, el ruido de la danza bárbara que no quiere morir. Llevado por el viento ,el eco sordo del bombo barrena el silencio de la noche, y las voces fatigadas, desfallecientes, dejan oír a la distancia, el estribillo monótono, enorme, agitando la "congada":

—Ooi, meu Deus do céo!

—... váe me pegá!

—... váe me pegá!

★

BRASIL GERSON

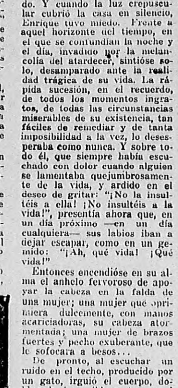
ILUSTRACION DE GUEVARA

NO HAY VACANTES



ENRIQUE Marchione apenas había pasado los veinte años. Habitaba con su familia —sus padres y una hermana— dos piezas pequeñas de madera, en una casa de suburbio.

Desde hacía ya tres años carecía de trabajo. De la miseria ciudadana, sólo el esfuerzo afanoso del padre lograba que en el hogar humilde se tendiera la mesa dos veces cada día. Por eso, a las horas del mediodía y de la noche, veía el muchacho llegar al sufrido viejo con el rostro sudoroso, las espaldas agobiadas por el duro acarreo de cajones en un almacén mayorista, y sorprendía en el fondo de sus ojos aquella amargura producida por la difícil situación de la familia germinando en una sorda irritación contra él. Después, sentados los cuatro en torno de la mesa, a tiempo que se tomaba la sopa, comenzaba la madre murmurando las dificultades que había con los acreedores; hablando de que todo faltaba en la casa y de que muy pronto, por falta de cubiertos, iban a verse obligados, para comer, a servirse únicamente de las manos... Y a veces sucedía que el chiquillo de una vecina corría por el patio anunciando:



—¡En la puerta hay un hombre que pide comida!

Entonces el padre de Enrique, respondía con voz bronca:

—¡Decile que no hay para nosotros! ¡Que vaya a robar!

Y Enrique escuchaba en silencio, bebiendo lentamente aquella sopa que no ganaba...

Desde que estaba sin trabajo había ensayado varias actividades sin el menor éxito. Una vez logró que le dieran, en consignación, un cajón de jabones. Durante todo un mes trotó por las calles de la ciudad hasta que, a duras penas —un jabón por día— consiguió realizar su venta. Fué una ocupación ingrata, en la que consumió un capital ajeno. Y cuando, desolado, pedía al hombre de los jabones que le concediera un tiempo para saldar su deuda, le dijo, terminando una larga conversación:

—Usted comprenda que yo he trabajado infatigablemente, durante todo un mes y por eso, nada más que por eso, ahora debo pagarle a Vd....

El hombre de los jabones, al oírlo, permaneció un rato como ofuscado y después respondió extendiendo el brazo hacia él:

—¡Pero usted no es comerciante!

Después del suceso de los jabones, Enrique, hastiado de esfuerzos inútiles, salía de su casa muy raras veces. Aquel mes de corretaje infructuoso le había infundido horror por las calles soleadas; horror por las casas de puertas cerradas en la hora de la siesta, en donde tantas veces había adivinado, con envidia, la frescura de las habitaciones obscuras, huérfanas del sol que, en la calle, sorbía el cerebro.

Refugiado en su cuarto, leía incansablemente. Tenía una estantería repleta de libros, adosada a la pared de la habitación, que era una pequeña Babel de autores y materias. Junto a los "Diálogos de Platón" estaba "El pirata negro" de Salgari y guardaba al lado de "El contrato social" los fascículos que narraban las aventuras de Dick Turpin, el bandido generoso.

El padre clamaba contra él, sintiéndose d e s h o n r a d o por aquel hijo que, con su estúpida manía, negaba su sentido de la vida, forjado en ruda lucha a través de sus largos años de existencia.

—¿Qué lee? ¿Qué gana con leer...? —exclamaba el anciano—. ¡Gana que se va a idiotizar! ¡Ah!

Y le destrozaba los libros que encontraba a su paso, se reía de él en todo momento que le sorprendía leyendo, y cuando alguien venía por Enrique, decía con sarcasmo: —¡Pasen al cuarto! Allí está inventando quién sabe qué grandes cosas!

A veces, la madre, ensayando un tímida defensa del hijo, ...ecía que, así, de ese modo, se ...struía.

Entonces el padre respondía ...ntemporizador:

—¡Bueno, que estudie una ...rrera!... Médico, abogado, ...n fin, cualquier cosa de esas. Yo lo ayudaría, para que, hoy o mañana sea algo... ¿Pero, qué adelanta con leer las cosas que lee? ¿Para qué sirve eso? ¿Para qué sirve? —terminaba ...rritado.

En las discusiones con sus amigos del barrio, por el mismo motivo, Enrique sostenía con apasionamiento la suprema utilidad de los libros. Y al fin, aunque éstos concluyeron por darle razón, ostentaban siempre una sonrisilla de tolerancia ante sus argumentaciones, demostrativa de que aquella idea que aceptaban, sin haber logrado vivir en sus cerebros, era sólo un adorno para sus labios.

Esa tarde leía junto a la ventana de su cuarto, cuando vió aparecer por el patio la figura de uno de sus amigos. Este, antes de verle, se dirigió a la hermana de Enrique y, después de un saludo, declamó con petulancia:

—¡Qué hermoso día! El perfume de las flores, el arrullo de los pájaros. ¡Ah!

Advirtiendo de pronto a Enrique en el hueco de la ventana, continuó:

—¡Eh! ¡Siempre leyendo! La vida hay que vivirla. ¡Yo leo en el grandioso libro de la vida!

Y después de una carcajada, le dijo amablemente:

—¿Mañana vas a ir allá?

—Sí, voy a ir —respondió Enrique.

—Bueno, entonces, te dejo. Vine de paso. ¡Esa noche estoy de baile!

Enrique recordó entonces que, al día siguiente, debía concurrir a una empresa industrial, donde aquel amigo habíale recomendado para que le proporcionaran ocupación. Pensó que quizá el próximo día le reservara una noche venturosa, libre de preocupaciones mezquinas y angustiosas.

Pero luego, de improviso, sublevóse ante el pensamiento de que una persona desconocida tuviera poder para darle la felicidad; porque él, Enrique Marchione, para ser feliz, para ser una violenta palpitación de alegría, de esa alegría que hacía un momento, bajo el influjo de la esperanza, le había removido las entrañas, necesitaba que aquel hombre, con quien debía hablar al día siguiente, le concediera una sola cosa: ¡Trabajo! ¡Trabajo! ¡Qué lejos estaba de su niñez! "Cuando tenga veinte años, soñaba entonces, iré a viajar por todos los países del mundo".

"¡Cuántas cosas raras y extraordinarias había de ver en aquellos paraísos apenas imaginados!" Y ahora de Francia, grande y luminosa, de la vieja Inglaterra, de todas partes, sólo surgía el ronco alarido de las multitudes hambrientas, como si los coros de la tragedia griega anduviesen ambulando por el mundo.

A lo largo de tales meditaciones, el día se iba extinguiendo. Y cuando la luz crepuscular cubrió la casa en silencio, Enrique tuvo miedo. Frente a aquel horizonte del tiempo, en el que se confundían la noche y el día, invadido por la melancolía del atardecer, sintióse solo, desamparado ante la realidad trágica de su vida. La rápida sucesión, en el recuerdo, de todos los momentos ingratos, de todas las circunstancias miserables de su existencia, tan fáciles de remediar y de tanta imposibilidad a la vez, lo desesperaba como nunca. Y sobre todo él, que siempre había escuchado con dolor cuando alguien se lamentaba quejumbrosamente de la vida, y ardido en el deseo de gritar: "¡No la insultéis a ella! ¡No insultéis a la vida!", presentía ahora que, en un día próximo —en un día cualquiera— sus labios iban a dejar escapar, como en un gemido: "¡Ah, qué vida! ¡Qué vida!"

Entonces encendióse en su alma el anhelo fervoroso de apoyar la cabeza en la falda de una mujer; una mujer que oprimiera dulcemente, con manos acariciadoras, su cabeza atormentada; una mujer de brazos fuertes y pecho exuberante, que le sofocara a besos...

De pronto, al escuchar un ruido en el techo, producido por un gato, irguió el cuerpo, doblegado insensiblemente por el ensueño, y con un gesto nervioso se alisó el cabello. Después, casi a tientas, tomó un libro de la estantería y con ademán pausado lo oprimió contra su pecho.

Así, parado en medio de la habitación, recordó este párrafo del libro: "Cada vez que u n a generación envejece y reemplaza su ideario por bastardeados apetitos, la vida pública se abisma en la inmoralidad y la violencia. En esa hora deben los jóvenes empuñar la antorcha y p r o n u n c i a r el Verbo".

¡Pronunciar el Verbo...! El entusiasmo que aquella invocación vibrante le produjo, huyó en derrota ante la visión de las calles heridas por el sol: las calles hoscas, que sólo ofrecían a los sin trabajo un camino sin horizonte; un camino en el que nunca encontrarían una montaña que escalar o una muralla donde estrellarse.

Y Enrique sintió que la debilidad de su rebeldía anónima estaba condenada a diluírse en el curso incesante del tiempo, por las calles tranquilas de la ciudad. Al fin, alzó la cabeza, y como si quisiera engañarse, dijo con voz temblorosa, acongojada: ¡Fe y esperanza en el porvenir! Luego de una pausa, repitió con más firmeza: ¡Fe y esperanza en el porvenir!

Después sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas y aunque comprendió que con un leve esfuerzo las hubiera contenido, no lo hizo. Lloró con el libro apretado sobre su corazón.

Al día siguiente, muy de mañana, Enrique emprendió el camino rumbo al establecimiento, donde esperaba conseguir ocupación.

Siempre, cuando la distancia que tenía que recorrer a pie era larga, olvidábase de su personalidad y se fingía ser otra persona, para entretenerse. Así fué que, ese día, al salir de su casa, se imaginó que era un general en jefe, partiendo al frente de la guerra. En tren bizarro descendió los cinco escalones del zaguán y caminó las primeras cuadras. Pero luego, cuando comenzó a sentir violentos deseos de fumar y consideró la imposibilidad de satisfacerlos, quiso estar más a tono con su andar sacrificado y rebajándose el grado militar se convirtió en un simple oficial. Un modesto oficial sin fortuna —como esos de las novelas francesas del siglo pasado— encargado de conducir un regimiento a través de los yermos campos de batalla. Y además puso al frente de la tropa, a su lado, a un oficial para que le sirviese de compañía.

"Hermosa situación, oficial —comenzó a decir mentalmente Enrique—. En verdad que es poco menos que desesperada. ¡Pero, qué hacer! Así han llevado la guerra nuestros generales... Y no recuerdo haber oído nunca que hubiera en alguna parte tropas tan hambrientas y rotosas como las nuestras. . ¡Ah! oficial... Nosotros no nacimos para la victoria.

Así continuó con los largos intervalos a que le obligaban los incidentes de la calle, hasta que al fin llegó frente a la casa de su destino.

Vaciló un momento ante la lujosa portada de las oficinas, pero animándose al grito de: "¡Al ataque, oficial!", penetró con paso resuelto en la casa. Después de ciertas averiguaciones, el portero acabó por conducirlo ante el hombre al cual le habían recomendado. Este comenzó a hablarle con frases cortadas y voz indecisa:

—¡Ah! ¡Sí... es Vd.!... En fin, vea, yo he hecho aquí todo lo posible, pero... Ahora, con la crisis... Quizá más adelante... Más adelante...

Enrique permanecía en pie, frente a él, escuchándole con una leve sonrisa. La negativa no le producía dolor. Paseaba su mirada por el hombre que le hablaba, sobre la mesa de roble oscuro y brillante, casi cubierta de blancos papeles, en donde veía una caja llena de cigarrillos, y del fondo de su alma surgía el convencimiento de que, para su juventud, no había lugar en aquella oficina bulliciosa ni en el taller que sentía cantar a lo lejos.

¡Sí! Estaba firmemente convencido de que, para su juventud, había sobre las puertas de todas las oficinas y todos los talleres, un sólo letrero: "No hay vacante". Entonces sintió plenamente toda aquella negación injuriosa que el letrero significaba para sus brazos fuertes y la hermosa negrura de sus cabellos.

Apretó los puños, con ansias de tener al frente uno de aquellos carteles —uno de esos carteles en que, sobre un fondo blanco, dicen letras negras: "No hay vacante"— para destrozarlo. ¡Sí! Estaba seguro que, sólo al verlo, se lanzaría contra él y lo haría volar en trizas por el aire.

Luego, agotado, emprendió el camino de salida, de vuelta al hogar. Cuando se encontró en la calle, volviendo de nuevo a su ensueño, murmuró:

—Señor oficial, me han herido en el corazón.

Continuó andando con paso cansado, imaginándose que vestía un uniforme destrozado y calzaba botas rotosas y polvorientas. Cuando desembocó en una plaza anchurosa, alzando la vista a la amplitud del cielo, dijo en voz baja:

—Señor oficial, nada importa. Moriremos valientemente sobre el campo de batalla. Nosotros no nacimos para la victoria ni para el goce de la paz.

Y, enervado, volvió a decir de nuevo:

—Moriremos sobre el campo de batalla...

Enrique advirtió entonces que un hombre, que evidentemente había sorprendido sus últimas palabras, le miraba con descaro, sonriendo maliciosamente. Entonces, ya extinguida en su cerebro la figura del acompañante imaginario, fijó su mirada en un banco de la plaza donde estaban sentados un grupo de muchachos vestidos con ropas toscas y, a las claras, en ocio forzado. Frente a ellos, dominándolos con su apostura soberbia, ostentando los dientes blanquísimos en una sonrisa franca, estaba un mozalbete, un mozalbete vestido elegantemente, de cuerpo ágil y vibrante, que les gritaba:

—¡River Plate para todo el mundo!

★

Miguel P. Ferrari

ILUSTRACION DE ROJAS



El Paraíso Perdido

—**M**IRA, vos andás buscando que te pase las de Lucifer con el santo Don Miguel, y las vas a encontrar. El patrón es patrón y ande manda capitán no manda marinero — sermoneó Doña Eulogia, dirigiéndose a su ahijado Rudecindo, que retobado y silencioso hacía rato aguantaba la retahila.

. . . .

—¿Y qué jué doña, lo que le pasó al "malo"— inquirió un curioso para cortar los aburridos rezongos de la vieja, que cuando empezaba era de nunca acabar.

—Y que l'iba a pasar? Jué un colsario comu'este que se eráia qu'iba a poder desafiar a Dios... y así le jué tamien... — contestó Doña Eulogia, mientras estiraba la masa para las empanadas del día siguiente.

—Güeno, mamá, déjese de güeltas y cuente di'una vez— exclamó una linda criollita que cebaba mate para la reunión.

—Ya que quieren vi'a contar lo que li'oí al padre cura en un sermón, allá en mis tiempos cuando la finada mama, qu'en paz descanse, me llevaba a l'iglesia.

Est'era que'l "malo" Lucifer o Mandinga, que tantos apelativos tiene el comesario'el infierno — ¡cruz diablo! — li'había dáo pu'hacerse el loco comu'a éste y de puro botarate jué a desafiarlo a Dios.

Comu'era un gaucho de buena pinta, guitarrero y peliador, y siempre había salido bien en los entreveros con los angelitos chicos, un guen día se sintió matrero y jué a golpiar el portón del Paráiso, qu'es la estancia que tiene Dios en el cielo y diande hacía tiempo lu'había echáu a Mandinga.

Como nu'era la primera vez que le daba por voraciar y Dios ya'staba cansáu, lo llamó al santo Don Miguel, qu'era el comesario'el Paráiso y le dijo: 'Mirá Miguel, andate al portón y dale una felpiada a'ese para que no guelva pu'acá. Que se vaya al mont'el Infierno a matreriar con las gentes malas que se rejuntan con él para que les sirva'e castigo.

Dicho y hecho. El santo Don Miguel, qu'era guen jinete, di un salto, si acomodó en el recao del pingo que tenía pa las yerras, y juntando la "partida" de melicos celestiales jué derecho a cumplir lo mandáo.

El entrevero jué terrible. Lucifer nu'era d'esos que s'entregan sin peliar. Sonaban los trabucasos, alborotando a las almas del Paráiso, sacaban chispas los facones y machetes en los quites de los hachasos, hasta que por fin, comu'habían cáido cuasi todos los diablos que acompañaban a Mandinga, dobláos por la cantidad y la juerza que por Dios tenían los melicos celestiales, el Santo don Miguel pudo tener un di'apié con el mesmo demonio en persona. Jué dura y larga la pelea porqu'el Diablo era un vistiador comu' hay pocos, pero al fin — como siempre sucede cuando la juerza viene di arriba — el santo don Miguel lo voltió di un sablazo que cuasi lo partió en dos.

Cuando Lucifer se vido en el suelo y con el gañote apretáu por la bota'el santo, se le augaba el resuello, largó una gedentina pior que las de las mulas con empasto, y arrepentido'e sus botaratadas, pidió que lo dejaran dir pal mont'el Infierno, ande hace churrascos con los empecataus que juyen de la gracia e Dios.

Ta güeno con el cuento —dijo uno y preguntó: ¿Así qu'eso es lo que l'espera a Rudecindo, no?...

—Natural! — exclamó Doña Eulogia —. Dende que nació jué retobáu, y pa mí qu'es hijo'e Mandinga, porque cuando era chico y le quebraban los empachos con yuyos benditos jedía fiero comu'el demonio.

CLODOMIRO CORDERO

ILUSTRACION DE SORAZABAL

CAFE NACIONAL

★

"**C**AFE Nacional" affiche de todo un pueblo de hombres solos, rectángulo de luces de colores de cuyo palco estrafalario rezago de kermesse provinciana, caen pesadas como gotas de plomo las notas malevas de los tangos. Café nacional sombrío de hombres insatisfechos, donde nunca penetró una mujer ni para barrer el millón de puchos diarios.

Encrucijada de taitas en perspectiva, de milicos compadres, de aprendices de pequeros, de malandrines, de muchachos porteños en fin, que sin otro instrumento lícito que el amor crápula o la viveza se defendieron de la vida a tarascones como los perros.

Un día cualquiera tus parroquianos, que llevan el tango en el alma, y en el bolsillo un naipe amaestrado y en cada dedo una ganzúa infalible se desparramaron como una copa de caña, sobre el mostrador del mundo y habrán de pirograbar de aventura sus vidas que hoy transcurren al parecer serenas frente al penúltimo pocillo de café.

Ahí mismo, sobre la calle Corrientes sos como un símbolo de todos los cafés argentinos, con tu orquesta típica, tu gran máquina express, tu registradora mulera, tu piso alfombrado de puchos de cigarrillos y tu gran ausencia de mujeres.

. . . .

El que no conoce a Ramón Sardiñas no conoce a nadie ni sabe nada del mundo ni del amor, no del amor puro en el que piensan los otarios y al que cantan los poetas pasatistas, sino del amor de ahora, el amor bajo, el amor rante que patina por las calles de las grandes ciudades, se cuela en los corredores de los hoteles de lujo y termina casi siempre con un papel de mil francos pasado de mano a mano como se pasa una baraja marcada entre jugadores fulleros.

Porque no hay nada que hacer, el amor de hoy, to-day, como dicen los ingleses, tiene grandes complicaciones y los que viven de él — los Caballeros del Amor — necesitan conocer al dedillo los mil complicados resortes que abren generosamente al final del trabajo pasional la cartera de la hembra satisfecha.

Ramón Sardiñas fué eso: un maestro en el arte amatorio aventurero. Su boca que hoy se agrieta en cuatro o cinco surcos inequívocos de vejez, fué durante un pedazo grande de su vida, amable rincón de besos magníficamente pagados.

Ricas americanas del Norte, condesas auténticas, adineradas cocottes en relache y aristocráticas sudamericanas tasaron bien la juventud de Sardiñas, enamoradas de su porte popular en los boulevares de París, pero sobre todo su pinta, mitad señor y mitad truhán, que ejercía notable fascinación en las mujeres de todos los climas.

rio, su billetera de cuero de Rusia estuvo siempre repleta de moneda internacional: cinco mil francos, cien dólares, mil pesetas y en un rincón, como un símbolo, un papel de cien pesos argentinos, que en el peor de los casos le aseguraba el regreso a Buenos Aires.

Porque eso sí, nunca, ni en los períodos de mayor apogeo de su suerte, cuando una holandesa multimillonaria lo tenía a puro Rolls-Royce corrido y lo hacía dormir en cama de mármol con sábanas de seda negra, Sardiñas alejó su pensamiento de Buenos Aires, porque ahora hay que hacer una pequeña advertencia: Sardiñas no era argentino, era auténticamente porteño.

Cuando, corriéndose alguna aventura llegaba a esos magníficos hoteles iguales, que existen en todas las grandes capitales del mundo, Sardiñas se instalaba como un gran señor en un apartamento de lujo, y luego, en seguida de haber alejado al camarero con una propina rumbosa de príncipe, buscaba del fondo de sus baúles un calentador viejo, una pavita enlozada y un mate ordinario, e inmediatamente ensillaba con fruición un amargo argentino que aguarangaba con su aroma salvaje el ambiente chic del aposento.

—Veinte años de París, no pudieron sacarme la bombilla de la boca — decía siempre Sardiñas, cuando en alguna farra se encontraba con compatriotas amigos.

El mate, para él, era Buenos Aires, el barrio, la esquina, la pieza, los amigos, y por eso nunca se alejó de ese nexo amistoso, que lo hacía sentir porteño en todas partes. Una francesa ocurrente, que fué su amiga espléndida mucho tiempo en España, le decía que los argentinos habían cambiado el chaleco por el mate.

Efectivamente, ningún músico-típico, ni ningún argentino, muchacho calavera, usa chaleco en Europa, ni en invierno, quizá porque esta prenda otaria le esconde la camisa de seda que es el primer síntoma de su encumbramiento.

Con esta francesa, Sardiñas se peleó, porque opinaba mucho y hacía chistes, y a él, que creía que la vida y el amor era una cosa seria, le molestaba.

—Con esta "cola", se dijo en una salida nocturna y obligada de la francesa, puso el mate en un baúl, lo rodeó de las demás cosas y le dió tranquilamente el esquinazo; se tomó un globo.

La francesa volvió de madrugada y al ver que Sardiñas se había ido, se suicidó, dejando una carta en la cual decía que se mataba por amor.

La policía detuvo al día siguiente a Sardiñas, pero luego lo puso en libertad; el suicidio de Ivonne fué el único antecedente policial que tuvo de Sardiñas la policía europea.

Ahora el tenorio criollo tenía cincuenta y cuatro años, el tiempo lo había puesto ligeramente cachuso y aunque inmediatamente se adivinaba en él el hombre pasional que fué, su carrocería tenía serios desperfectos.

—Con esa pinta y lo que yo sé — decía tristemente Sardiñas cada vez que veía pasar algún muchacho buen mozo, desperdiciando juventud con viejas locas.

Pero no había nada que hacer, el hombre que hizo suicidar varias mujeres ,que enloqueció rusas y fundió americanas, era solamente una sombra de lo que fué, sus ojos estaban cansados de mirar tanto de frente a las mujeres, sus manos blancas y cuidadosas estaban garabateadas de arrugas y ni su pecho amplio respondía ya al llamado instintivo del Don Juan, ya no se inflaba más.

Solamente su espíritu no se daba por vencido y con palabras estudiadas o contando mentiras salía sacarles todavía algunos pesos a las mujeres.

En cambio como profesor de juventud resultó un coloso y apadrinando muchachos compadritos en París, no tenía rival.

Cuando Sardiñas le decía a alguno de los pibes que pueblan las típicas argentinas: "Atropellate aquella mina y trabajala en esta y en esta forma", no había temor de que el asunto fallara, a la mañana siguiente, bien temprano aparecía el criollo un poco pálido pero con los mil francos planchaditos en el bolsillo. Como táctico del amor, Sardiñas no tenía precio.

Y ahora vivía de eso, recorría los dancings donde tocaban orquestas criollas, estudiaba detenidamente el elemento fiestero, donde tenía tantos conocidos y cuando veía alguna mina rica que quería divertirse, le buscaba compañero en seguida.

Una presentación sola bastaba para hacer arreglar a cualquiera.

—Madame — le decía en un correcto francés de aventurero, Sardiñas a la mujer elegida. — Tengo el gusto de presentarle este muchacho argentino, el último suceso entre las mujeres bien. Es un gran bailarín de tango... es.



—Enchanté — decía casi siempre la mujer — ¿bailaremos?

Sardiñas se paraba entonces ceremoniosamente y como dan los entreneurs las últimas instrucciones al jockey en el momento mismo de montar a caballo, Sardiñas atraía al muchacho que ya se disponía a salir a la pista y susurrando lo aconsejaba:

—Bailá apretado y no la hablés.

Cuando terminaba el tango, en dos palabras de argot, el muchacho le hacía saber a Sardiñas todos los pormenores del negocio.

Un guiño cualquiera le daba a entender si el asunto estaba listo, aunque por la manera de prenderse, ya Sardiñas sabía de antemano si la mina había entrado del todo o había que seguirla afilando.

Después, cuando el muchacho le daba el primer beso en la mano a la candidata, Sardiñas, con un pretexto cualquiera, abandonaba el palco o la mesa y los dejaba solos.

Al retirarse, una sonrisa imperceptible de satisfacción se diluía en sus labios finos de conquistador, porque en ese amor iba también indirectamente prendido él, con el treinta y cinco por ciento del sport.

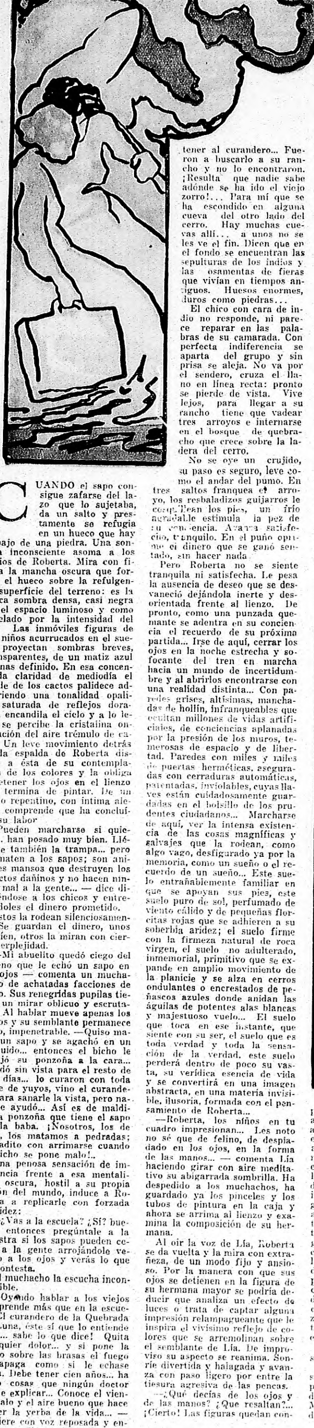
★

Carlos de la Púa

ILUSTRACION DE MOLAS

La Hermana Sola

POR
MARGARITA ARSAMASSEVA
ILUSTRACION DE FACIO HEBECQUER





CUANDO el sapo consigue zafarse del lazo que lo sujetaba, da un salto y prestamente se refugia en un hueco que hay debajo de una piedra. Una sonrisa inconsciente asoma a los labios de Roberta. Mira con fijeza la mancha oscura que forma el hueco sobre la refulgente superficie del terreno: es la única sombra densa, casi negra en el espacio luminoso y como nivelado por la intensidad del sol. Las inmóviles figuras de los niños acurrucados en el suelo proyectan sombras breves, transparentes, de un matiz azul apenas definido. En esa concentrada claridad de mediodía el verde de los cactos palidece adquiriendo una tonalidad opalina saturada de reflejos dorados, encandila el cielo y a lo lejos se percibe la cristalina ondulación del aire trémulo de calor. Un leve movimiento detrás de la espalda de Roberta distrae a ésta de su contemplación de los colores y la obliga a detener los ojos en el lienzo que termina de pintar. De un modo repentino, con íntima alegría comprende que ha concluído su labor

—Pueden marcharse si quieren... han posado muy bien. Llévense también la trampa... pero no maten a los sapos; son animales mansos que destruyen los insectos dañinos y no hacen ningun mal a la gente... — dice dirigiéndose a los chicos y entregándoles el dinero prometido.

Estos la rodean silenciosamente. Se guardan el dinero, unos sonríen, otros la miran con cierta perplejidad.

—Mi abuelito quedó ciego del veneno que le echó un sapo en los ojos — comenta un muchachito de achatadas facciones de indio. Sus renegridas pupilas tienen un mirar oblicuo y escrutador. Al hablar mueve apenas los labios y su semblante permanece serio, impenetrable. —Quiso matar un sapo y se agachó en un descuido... entonces el bicho le arrojó su ponzoña a la cara... Quedó sin vista para el resto de sus días... lo curaron con toda clase de yuyos, vino el curandero para sanarle la vista, pero nada le ayudó... Así es de maldita la ponzoña que tiene el sapo en la baba. ¡Nosotros, los de aquí, los matamos a pedradas; cuidadito con arrimarse cuando el bicho se pone malo!..

Una penosa sensación de impotencia frente a esa mentalidad oscura, hostil a su propia visión del mundo, induce a Roberta a replicarle con forzada placidez:

—¿Vas a la escuela? ¿Sí? bueno... entonces pregúntale a la maestra si los sapos pueden cegar a la gente arrojándole veneno a los ojos y verás lo que te contesta.

El muchacho la escucha inconmovible.

—Oyendo hablar a los viejos se aprende más que en la escuela. El curandero de la Quebrada de Luna, éste sí que lo entiende todo... sabe lo que dice! Quita cualquier dolor... y si pone la mano sobre las brasas el fuego se apaga como si le echase agua. Debe tener cien años... ha visto cosas que ningún doctor puede explicar... Conoce el viento malo y el aire bueno que hace crecer la yerba de la vida... — profiere con voz reposada y enmudece. Cierra obstinadamente los labios decidido a callar.

Los niños se mueven como desaprobando la conducta del compañero.

—¿Por qué desconfías de lo que nos dice la señorita? ¡Ella no gana nada con engañarnos! Es instruida, viene de Buenos Aires... — se aventura a intervenir un muchacho de aspecto resuelto y de ondeada castaña cabellera. —El curandero de la Quebrada de Luna es una mala persona. ¡Quién sabe a cuánta gente habrá echado a perder con sus brujerías! El otro día una señora vino a contar a mama que la policía tiene orden de detener al curandero... Fueron a buscarlo a su rancho y no lo encontraron. ¡Resulta que nadie sabe adónde se ha ido el viejo zorro!... Para mí que se ha escondido en alguna cueva del otro lado del cerro. Hay muchas cuevas allí... a unos no se les ve el fin. Dicen que en el fondo se encuentran las sepulturas de los indios y las osamentas de fieras que vivían en tiempos antiguos. Huesos enormes, duros como piedras...

El chico con cara de indio no responde, ni parece reparar en las palabras de su camarada. Con perfecta indiferencia se aparta del grupo y sin prisa se aleja. No va por el sendero, cruza el llano en línea recta: pronto se pierde de vista. Vive lejos, para llegar a su rancho tiene que vadear tres arroyos e internarse en el bosque de quebracho que crece sobre la ladera del cerro.

No se oye un crujido, su paso es seguro, leve como el andar del puma. En tres saltos franquea el arroyo, los resbaladizos guijarros le cosquillean los pies, un frío agradable estimula la pez de su conciencia. Avanza satisfecho, tranquilo. En el puño oprime el dinero que se ganó sentado, sin hacer nada

Pero Roberta no se siente tranquila ni satisfecha. Le pesa la ausencia de deseo que se desvaneció dejándola inerte y desorientada frente al lienzo. De pronto, como una punzada quemante se adentra en su conciencia el recuerdo de su próxima partida... Irse de aquí, cerrar los ojos en la noche estrecha y sofocante del tren en marcha hacia un mundo de incertidumbre y al abrirlos encontrarse con una realidad distinta... Con paredes grises, altísimas, manchadas de hollín, infranqueables que ocultan millones de vidas artificiales, de conciencias aplanadas por la presión de los muros, temerosas de espacio y de libertad. Paredes con miles y miles de puertas herméticas, aseguradas con cerraduras automáticas, patentadas, inviolables, cuyas llaves están cuidadosamente guardadas en el bolsillo de los prudentes ciudadanos... Marcharse de aquí, ver la intensa existencia de las cosas magníficas y salvajes que la rodean, como algo vago, desfigurado ya por la memoria, como un sueño o el recuerdo de un sueño... Este suelo entrañablemente familiar en que se apoyan sus pies, este suelo puro de sol, perfumado de viento cálido y de pequeñas florcitas rojas que se adhieren a su soberbia aridez; el suelo firme con la firmeza natural de roca virgen, el suelo no adulterado, inmemorial, primitivo que se expande en amplio movimiento de la planicie y se alza en cerros ondulantes o encrestados de peñascos azules donde anidan las águilas de potentes alas blancas y majestuoso vuelo... El suelo que toca en ese instante, que siente con su ser, el suelo que es toda verdad y toda la sensación de la verdad, este suelo perderá dentro de poco su vasta, su verídica esencia de vida y se convertirá en una imagen abstracta, en una materia invisible, ilusoria, formada con el pensamiento de Roberta...

—Roberta, los niños en tu cuadro impresionan... Les noto no sé que de felino, de despiadado en los ojos, en la forma de las manos... — comenta Lía haciendo girar con aire meditativo su abigarrada sombrilla. Ha despedido a los muchachos, ha guardado ya los pinceles y los tubos de pintura en la caja y ahora se arrima al lienzo y examina la composición de su hermana.

Al oir la voz de Lía, Roberta se da vuelta y la mira con extrañeza, de un modo fijo y ansioso. Por la manera con que sus ojos se detienen en la figura de su hermana mayor se podría deducir que analiza un efecto de luces o trata de captar alguna impresión relampagueante que le inspira el vivísimo reflejo de colores que se arremolinan sobre el semblante de Lía. De improviso su aspecto se reanima. Sonríe divertida y halagada y avanza con paso ligero por entre la tiesura agresiva de las pencas.

—¿Qué decías de los ojos y de las manos? ¿Que resaltan?... ¡Cierto! Las figuras quedan convertidas en un fondo accesorio... — profiere estremeciéndosele la voz como si la vista de la tela volviera a avivar el complejo de emociones que la unen todavía a la obra. Dominada ya por el deseo de traducir con palabras la imagen del sentido que la había cautivado, prosigue hablando con inesperado ímpetu:

—El sapo, que es quizá otro punto discutible de la composición, no tiene en realidad ninguna importancia. Lo pinté porque cayó en la trampa y se convirtió, por consiguiente, en el motivo de una determinada actitud de los niños... Si hubiera llegado cinco minutos más tarde no existiría ahora el sapo ni tampoco mi cuadro! Ya ves, la imagen me salió de una manera imprevista, espontáneamente El mejor modo para sorprender las sensaciones... Lo que ves de agresivo en los ojos y en las manos es lo directo, lo brutal del instinto de cazador. Las manos curvas del deseo de asir, los ojos que acosan, que reducen la presa. Miran en ellos la voluptuosidad cruel, la expectante impaciencia de matar... Estos niños disfrutan el espectáculo más deleitoso, más embriagador para la oscura voluntad que habla en ellos. Ver a su presa rendida, indefensa, dócil al impulso triunfante del perseguidor... Por mi parte llevo también en mi subconsciencia el primordial instinto de cazador; un impulso empequeñecido, sutilizado por los milenios de inacción, que ha sufrido ya la atrofia de sus componentes más activos y vigorosos, pero que no obstante guía mi voluntad de perseguir, de dar alcance, de apoderarme de mi deseo... Vivo acechando y sujetando... Gozo en sorprender un reflejo que asoma a la superficie, un movimiento incauto que enseña la esencia de una naturaleza, el color que fluye, la cambiante verdad de las formas que parecen inalterables... Cuando vi las rígidas figuras de los muchachos agrupados alrededor de la trampa, quedé deslumbrada. Me temblaban las manos de alegría... Era la sensación que buscaba, que perseguía, sin saberlo... Se me revelaba la expresión de un instinto desnudo, recio, primitivo, despojado de toda escoria de la hipocresía civilizada... Y con un gozo no menos cruel y deleitoso que el de un cazador afortunado, apresé ese instante único y fijé mi impresión en la tela...

Lía ha cesado de agitar su sombrilla

—Te entiendo perfectamente, sé lo que has sentido... Pero, supongamos que Delia y su marido esperan otra cosa de vos? Manifestaciones más académicas de tu talento, cuadros que estén al alcance de espíritus mediocres, rutinarios, privados de espiritualidad, incapaces de comprender lo que hay de revolucionario, de originalísimo en tu visión de artista?

Viendo que Roberta contempla burlonamente su lienzo y no responde, exclama con súbita emoción:

—¡Lo tienes de papá! El era también apasionado en sus deseos, imaginativo, idealista, ciego a la realidad prosaica de la vida! En la familia todos hemos salido así: ingénuos, exentos de sentido práctico, inconscientes frente al brutal positivismo de las personas que explotaban nuestra prodigalidad! Mamá, nacida en la abundancia, generosa por instinto, vivía en el placer de socorrer a sus semejantes, y como ignoraba el valor del dinero su largueza no conocía límites... Papá gozaba infinitamente más con la idea de haber logrado su ambición que con el beneficio material que le proporcionaban los hechos concretos. Estoy convencida que se casó por segunda vez porque había puesto su deseo en la inmensa fortuna de mamá. Sin embargo nunca vi persona más despreocupada de su situación económica, más indiferente, más despreciativa de la riqueza que papá. Desde su juventud había soñado con el poder que da el dinero pero una vez realizado su anhelo y en posesión del poder tanto tiempo codiciado, no evidenció el menor interés por conservarlo. No intervino para nada en la marcha de sus negocios, se desatendió en absoluto de las responsabilidades que implicaba su situación y con una ligereza, con una falta de criterio verdaderamente inconcebible en un hombre de su inteligencia, confió la administración de sus propiedades a unos individuos inescrupulosos que no tardaron en enriquecerse con nuestros bienes... Esta incapacidad inherente al temperamento romántico de papá fué la causa de nuestro infortunio. Cuando pienso en papá siempre lo veo absorto en su pasión de coleccionar manuscritos antiguos. Gastaba sumas fabulosas, recorría distancias fantásticas para adquirir objetos tan ridículos como trozos de pergamino o cilindros de barro cocido!.. Movido por el deseo de hallar ejemplares rarísimos para completar su colección, visitó en varias oportunidades Rusia, China, la India, Centro América...

—Ah sí, papá! ¡Qué hombre extraordinario!.. — sonríe Roberta enternecida con el vago recuerdo del padre. — Sospecho que le ocurría con la fortuna de mamá lo mismo que a mí con mis pinturas terminadas: tedio insoportable como la presencia de un viejo amante a quien ya no se quiere; deseo de eludirlo, de pasar de largo... Habrá malgastado la fortuna para no sentir el peso de su ambición lograda y... muerta. ¡Terrible lo que pesan los deseos realizados!

—De todos nosotros la única previsora, astuta y calculadora ha sido Delia. No sólo disfrutó ampliamente la feliz y lujosa existencia que llevaba en nuestra casa, sino supo también, de un modo muy conveniente para sus intereses personales, especular con el sincero afecto que le profesaba mamá... Hasta ahora he callado cumpliendo la promesa que había hecho a mamá de guardar secreta su espléndida generosidad con nuestra media hermana, pero dada la angustiosa situación en la que nos encontramos actualmente, me considero con derecho de decirla la verdad... Mientras que nosotras carecemos en absoluto de recursos y nos humillamos aceptando limosnas de las viejas relaciones de nuestros padres, Delia goza de todo el prestigio que le da su fortuna. Cuando murió mamá, vos eras muy niña, tenías sólo seis años, y por lo tanto desconoces en su totalidad los hechos importantes acaecidos en aquella época... Delia, ahora es rica, satisfecha, halagada en su orgullo y nosotras unas pobres parientas sin ninguna figuración, a las que se recibe por lástima... ¿Sabes de dónde proviene la fortuna de Delia? ¿Lo ignoras? Crees que ella ha recibido algun legado de parte de la madre o de sus abuelos maternos? ¿No? Estas son puras fábulas que cuenta Delia a sus relaciones. La madre de nuestra media hermana fué una pobre y humilde muchacha con quien se casó papá siendo empleado subalterno de una repartición pública y contando con su juventud como única fortuna... Fué nuestra madre la que protegió a Delia sacándola del colegio de monjas donde ésta vegetaba y llevándola a su espléndida casa. Allí, en el ambiente magnífico de nuestra familia, vivió Delia mimada y dichosa, hasta el día en que sobrevino el dorrumbe definitivo de nuestra fortuna que coincidió con la espantosa y repentina noticia del fallecimiento de papá. El se hallaba en viaje de regreso a Buenos Aires cuando el buque en que efectuaba la travesía sufrió averías gravísimas y se fué a pique presa de las llamas... ¡Sí, he vivido momentos de horror, de locura, de desesperación sin nombre... Quisiera no despertar estos dolorosos recuerdos, pero te debo la verdad respecto a nuestra situación frente a Delia. Todo lo que posee ésta, su dinero, su posición, su casamiento, se lo debe a la bondadosa voluntad de mamá. Poco antes de morir mamá le regaló cien mil pesos. ¡La cantidad de cien mil pesos que depositó a nombre de Delia!

—No lo sabía... — murmura Roberta pensativa y sin evidenciar la menor sorpresa.

—Debes recordar el viaje de Delia — continúa diciendo con énfasis su hermana —. Su partida precipitada para Europa que ella trató de relacionar con una imaginaria enfermedad, tenía todo el aspecto de una huida ante el desastre que aniquilaba nuestra prosperidad. Nos abandonó solas, desamparadas, aturdidas por la angustia, llevándose consigo su fortuna que le fué donada por mamá y... ¡durante diez años no tuvimos noticias de ella!..

—Ahora viviremos juntas... Su modo de escribirnos me parece muy cariñoso, muy sincero. Está impaciente por vernos, por aclarar el motivo de su silencio... Habrá regresado con el propósito de enterarse de nuestra situación y al conocerla se apresuró a ofrecernos la hospitalidad de su casa... — contesta Roberta conciliadora, deseosa de apaciguar el rencor que agita el ánimo de Lía.

Pero la mirada de ésta se torna dura, hiriente.

—¡No hace más que cumplir con su obligación! — exclama con encono — Supongo que sentirá remordimiento por habernos traicionado en el momento más terrible, más crítico de nuestra vida y la tardía conciencia de su infamia la obligue a reparar en parte el daño que nos ha causado. Nos encuentra hundidas en la miseria, imposibilitadas a causa de nuestra falta de recursos de arrojarle a la cara su hipócrita generosidad. Vamos a soportar su largueza y el desprecio que ésta nos inspira. Tenemos todos los derechos para disponer libremente de la gratitud de Delia, de su gratitud eterna que jamás, en ninguna circunstancia, podría igualar la delicada y magnánima compasión de mamá para con ella... Aun compartiendo con nosotros su fortuna, su posición, la intimidad de su casa, le será difícil hacernos olvidar las ansiedades y los agravios que hemos padecido por culpa suya. ¡Ella es responsable de nuestra desdicha y tendrá que responder por su maldad, expiarla amargamente!...



Cambiando de improviso de entonación y brillando en su mirada un destello de mordaz ironía, agrega:

—Veo que he juzgado los sentimientos de Delia con el espíritu de nuestra familia: idealizándolos. Hablando de su comportamiento me he dejado llevar por mi imaginación. Debemos apreciar la conducta de Delia en su plano de realidad. Los negocios de su marido la retienen en Buenos Aires y la relacionan con personas de destacada figuración social. Obligada a frecuentar las viejas amistades de nuestra familia, Delia disimula y teme... Una indiscreción de mi parte podría desacreditarla a los ojos de sus distinguidas relaciones, podría serle fatal, cerrarle las puertas de los más prestigiosos salones, turbar y quizá destruir la paz de su casa, la confianza que deposita en la honorabilidad de Delia el esposo de ésta... Es lo que piensa nuestra media hermana y lo que teme de mí... Y yo tengo una memoria fiel, clarísima, de largo, muy largo alcance. Recuerdo los hechos más inconfesables, más increíbles del dudoso pasado de Delia que ella oculta secreta, un lodazal en ese pasado de Delia que ella oculta celosamente a la curiosidad del mundo. Estoy enterada de dicho episodio, lo conozco en sus menores detalles, porque fuí, sin intervención directa de mi voluntad, la confidente de Delia y testigo de ese sombrío asunto... Ahora Delia trata de comprarme, calcula el valor de mis recuerdos... ¿Y si poseyera yo, además, pruebas concretas, irrefutables?..

Roberta la escucha en silencio. La contraría y la repele ver la vengativa violencia de su hermana, su aspecto iracundo. Y cuando ésta, pálida, la mirada ensombrecida por el odio, enmudece privada de aliento, Roberta le replica quedamente, los ojos plenos de instintiva incredulidad:

—Hubiese preferido ignorar la procedencia de la fortuna de Delia... No sé por qué, percibo algo que me apena y me molesta conocer. Por otra parte, hiciste bien en decírmelo... Trataré en lo posible de independizarme de la voluntad de Delia. Aceptando sus demostraciones de afecto me sentiré incómoda, humillada por el recuerdo de lo que terminas de referirme... Dudo que personas como lo es nuestra media hermana sean sensibles a la gratitud o a cualquier otro móvil de simpatía elevada, más bien creo que miran con odio y con desconfianza a sus bienhechores... Es una cuestión de naturaleza de conciencia, nada más... Pero nuestra propia actitud frente a Delia no será menos ingrata. ¡Viviendo en su casa, beneficiándome con su generosidad me sentiré perseguida por la idea de que cometo un acto de extorsión..., un chantage moral!..

El semblante de Lía se demuda.

—¡Eres cruel, Roberta! — dice reprimiendo su indignación. No obstante insisto en que aceptemos el ofrecimiento de Delia... Hace ya tiempo que vivimos con el dinero que ella nos envía.

Ascienden calladas el sendero que conduce a la población.

Contristada, presa de incertidumbre, Roberta se distrae inconscientemente mirando pasar una caravana de burros que van cargados con bultos enormes. Debajo de la tosca lona que recubre los fardos, asoman los ardientes colores de las mantas, los sedosos flecos de los ponchos, el rojo, el azul, el amarillo deslumbrante de los cubrecamas bordados con legendarias flores de la imaginación indígena. El seguro andar de las bestias, los broncíneos y taciturnos semblantes de los troperos, jinetes de pies desnudos y de impóviles hombros, los matices vivísimos de los tejidos y toda la impresión de movimiento acompasado que anima la caravana se unifican de pronto en un impulso jubiloso y pujante que fluye a través de Roberta estremeciéndole ardorosamente el alma...

Cuando la luminosidad de su éxtasis se esfuma como absorbida por una nueva sensación de paz y de seguridad, Roberta recuerda que recién había ofendido a su hermana.

—Expondré mis lienzos en los Amigos del Arte. Con lo que he pintado aquí tengo material suficiente para llenar tres salones — dice Roberta a tiempo que abre la sombrilla y se la entrega a su hermana.

Lía la contempla con cierta extrañeza no desprovista de repentina complacencia. Su expresión se dulcifica, una leve sonrisa le reanima la boca.

—Eso prueba que eres más sensata de lo que yo creía — comenta apoyándose en el brazo de Roberta —. La vez pasada me costó trabajo inaudito de convencerte. ¡Tuve que organizar yo misma tu exposición!.. ¡Cómo protestabas resistiéndote a enviar los lienzos al salón! ¡Qué lucha sostuvimos antes de hacerte entrar en juicio!.. Vos te obstinabas, no querías hablar con nadie... Una verdadera maniática. Yo no podía comprender el motivo de tu aversión por exponer las obras en público. Estas eran muy originales, muy bellas y atraían el interés... Vendimos bien y casi todos los lienzos. ¡Fué un éxito! Espero que la próxima exposición te producirá el mismo beneficio que la anterior...

—Será mejor que vos te encargues de la venta... Yo no sirvo para estas cosas... — responde Roberta.

Se da cuenta de que está muy cansada. Le duele el corazón al subir la pendiente y la caja de pinturas que lleva en la mano adquiere un peso inusitado. El calor, la aridez reverberante del suelo, la voz de Lía que habla con creciente animación, la idea de su regreso a Buenos Aires, el fino polvo blanco centellante de partículas de mica que el viento le arroja a la cara, todo la hiere y la agobia.

—Con invitar a las recientes amistades de Delia te aseguramos un ambiente favorable para la venta... Ella recibe en su casa a personas influyentes en el mundo de los negocios, conocidos industriales, importadores, nuevos ricos, la gente snob... — prosigue hablando Lía.

—Importadores, nuevos ricos, la gente snob... — repite Roberta sin comprender lo que dice, por completo ajena al sentido de la conversación.

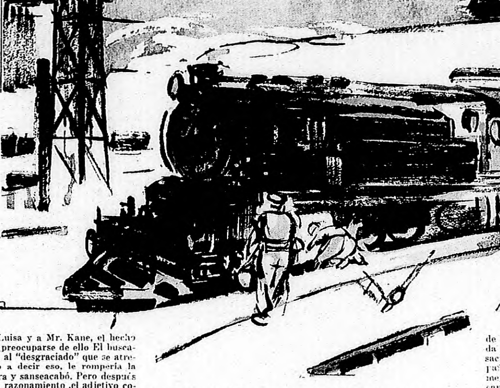
Y piensa:

—¡Qué idea más absurda la de vender mis viejas sensaciones! ¡Comerciar con mis gozos agotados, desvanecidos, con mis deseos agotados!.. ¡Cómo imponer a la gente la obligación de comprar la imagen de una impresión que he vivido, que ha cesado ya de interesarme? Relacionar con el valor del dinero ese algo anhelante, imponderable, ardoroso que se alza más allá de toda expresión, que me embriaga, me proyecta con su impulso de regocijo vital, que surge repentino, fluído, que se extingue en un movimiento de mi mano, en una visión que me sugiere el contorno de la luz!.. Mientras pinto, vivo la dicha, la intensidad de la ambición que persigo... Luego evito de mirar mis lienzos: me desagrada, me molesta profundamente verlos colgados de las paredes... ¿Qué queda de mi fervor, de mi orgullo apasionado que me eleva en el instante de la creación? Alturas achatadas, angustiosos perfiles huecos de hondura vital, vagas semblanzas de dimensiones inexistentes, grotescas nulidades, nada... Mis cuadros son los cadáveres de mis pasadas emociones...

EL ENSIMISMADO ★

por José Alegretto

Ilustraciones de Parpagnoli



SALUTE Gildo. ¿Vas a tomar? ¿Qué servicio tenés?

—Salú, don José. Voy a tomar, sí, a las diez y ocho.

—¿Qué servicio tenés?... ¿Corrés algún nocturno? ¡Que noche perra te toca, muchacho; vas a tener que andar con cuidado, eh, si querés hacer el horario. Mirá, con este viento Sur, sabés, si te descuidás, te quedás sin presion en la mitad del camino.

¡Ah, mi foguista! Ese finao Antonio. ¡Con ése sí que no había peligro de quedarse! ¡Cada vez que me acuerdo! Pero ahora... ¿Qué querés con los foguistas de ahora? Puro reglamento, puras leyesitas; que la empresa esto, que la empresa el otro, y te plantan el tren y piden el relevo si se pasan un minuto de las ocho horas. En mis tiempos, sabés, se trabajaba catorce y quince horas y nadie chistaba; no había tantas leyes ni macanas. Ahora, en cambio, parecen señoritas...

El Gildo y don José habían llegado a las vías del ferrocarril; se encontraron en la esquina de Donato Alvarez y Yerbal. El Gildo, cargando su canasta equipada con la ropa de trabajo, viandas y los elementos necesarios para el mate; acababa de dejar su enclavada entre las vías del tren y la calle Yerbal. Se dirigía a tomar servicio. Don José venía del lado de Rivadavia, donde se había aburrido dos horas parado en una esquina, apoyado contra una ochava, esperando inútilmente la llegada de algún interlocutor. El también había sido maquinista; la empresa le había tragado treinta y cinco años de su vida; desde criatura, a los catorce años, entró como peoncito para los mandados en los galpones de máquinas de Caballito; luego fué limpia máquinas, foguista, y llegó a maquinista... y por fin a la meta ambicionada, a la cumbre de su carrera. Maquinista de primera. En su casa, en el comedorcito, entre la larga fila de retratos con medio siglo de existencia que pendían de las paredes y cuya monotonía, de tanto en tanto, era rota por la figura de algún héroe actual de la pantalla, que las chicas, sus dos hijas, habían logrado intercalar después de grandes esfuerzos; se encontraba encuadrado en gran marco de madera dorada, su diploma de maquinista de primera. A ambos lados, escoltando el diploma del padre, colocados a un nivel más bajo, hacían guardia los diplomas de las chicas; la mayor, profesora de corte y confección; la segunda, maestra de piano. A los tres protegía un velo de tul mosquitero. ¡Con cuánto orgullo contemplaba don José este grupo!

En la actualidad, hacía cinco años que lo habían jubilado. ¡Cuántas ilusiones s chizo con respecto a la jubilación! tantos años de trabajo, de fatigas, atado al yugo del taller y de la máquina, tendrían por fin una justa compensación. El sueldo asegurado, las muchachas ganaban también, los cuatro ladrillos (la casita de cuatro piezas) hecha a costa de grandes sacrificios y a pagar por mensualidades, pronto estaría totalmente paga. ¿Qué más podía ambicionar? Descansaría... pasearía todo lo que no había paseado antes... Pero cuando llegó, la desilusión fué completa.

Un enorme vacío se produjo a su alrededor; le pareció que el mundo se había detenido; la vida ya no tenía objetivo para él y le parecía imposible que alguien se preocupara por algo. Empezó a vagar por las calles durante las horas del día, pero, en cualquier dirección que encaminara sus pasos, al final, siempre iba a parar a un costado de la vía del tren. Una profunda melancolía lo embargaba; durante largas horas contemplaba los rieles, los semáforos, la cabina de señales, y su corazón aceleraba el ritmo cada vez que se acercaba un tren a vapor. Conocía todo el personal de máquinas. A larga distancia precisaba con exactitud quién era el maquinista que conducía, cuántos vagones arrastraba el tren; leía como en un libro abierto, cuando el tren tomaba los cambios, cuando se acercaba a los semáforos, en los resoplidos de la máquina, que denunciaba el esfuerzo que se le exigía. Una infinidad de detalles saltaban precisos a su vista, allí donde un lego se hubiera roto inútilmente la cabeza sin ver nada. A medida que el tren se acercaba, hacía una crítica minuciosa de la forma en que se venía realizando el trabajo, al mismo tiempo que buscaba una ubicación conveniente dentro de las barreras, para que el medio cuerpo que venía inclinado a un costado de la máquina lo reconociese y contestara a su saludo. Por las noches, mientras dormía, oía en sueños la voz del "llamador" que venía a buscarlo para tomar servicio y veía la figura encapotada, con la linterna en la mano, parada frente a la puerta de su casa. Se despertaba sobresaltado; luego, ya los ojos bien abiertos, comprobaba con amargura que todo había sido un sueño; él ya no tomaría más servicio, estaba jubilado. Entornaba entonces los párpados y ensoñando episodios de su vida pasada, retrotrayendo a la imaginación rieles, semáforos, máquinas, talleres, vagones, estaciones y todo ese mundo del riel que él conocía con la precisión con que cualquiera conoce su viejo ropero; trataba de conciliar nuevamente el sueño. Empezó a frecuentar los almacenes; allí, parroquiano conocido, entre copa y copa, leía los diarios, jugaba a las cortas, discutía con el dueño cuestiones de política, esperando la llegada de algunos otros jubilados para reanudar la eterna conversación de la máquina, para evocar los eternos episodios del riel, para renovar la eterna crítica comparada del trabajo de antes y el trabajo de ahora. Domingo por medio, por la tarde, a partir de las dos, se les juntaba el dependiente del almacén, que, acicalado con su traje dominguero, hacía tertulia como parroquiano, gozando su franco, haciéndose servir por el otro dependiente y convidando a su turno la "general para todos"; hasta las ocho, en que, fenecido el franco, pasaba a la trastienda, se "descambiaba" y nuevamente, con el largo delantal atado a la cintura, volvía a sus funciones.

De tanto en tanto, aumentaba también la rueda un motorman del "Anglo", que alternaba el derroche de su día franco, entre esta reunión y la esquina de Donato Alvarez y Rivadavia; donde consumía el tiempo aprovechando la parada de los tranvías, para saludar a sus colegas y reanudar invariablemente el mismo diálogo, hacer las mismas preguntas, escuchar las mismas respuestas. —Salú, fulano. ¿Tenés este servicio ahora? ¡Qué horario puerco! Yo lo dejé la semana pasada... Yasí siempre, invariablemente. Pero a don José nada le causaba ahora tanta satisfacción como el encuentro de algún colega en actividad, sobre todo si se dirigía a tomar servicio. Conocía el turno de cada uno; llegada la hora, se apostaba en la esquina de sus casas, o iba directamente a buscarlos a ellas, para acompañarlos hasta la barrera. En el camino, preguntaba, se informaba y luego, paternalmente, como una obligación ineludible, con la satisfacción de un deber que se cumple, daba los sabios consejos de su antigua experiencia.

—Bueno, don José, hasta luego; —le interrumpió el Gildo al llegar a la barrera, internándose en la vía, en dirección al taller. Don José se quedó cortado; esta brusca separacin, tan sin precedentes, tan desacostumbrada y sobre todo con el Gildo, el más consciente de sus interlocutores ferroviarios, lo cohibía y desconcertaba.

—Pero, Gildo, —reaccionó, viendo al otro alejarse—. ¿No venís a tomar la copa; tenés tiempo todavía.

—No puedo, no puedo —respondió el Gildo, apresurando el paso—; hasta mañana. Y sorteando los rieles, cruzó las vías, para tomar hacia la izquierda por el camino de tierra.

Una profunda preocupación le obsesionaba; a grandes trancos, mecánicamente, con la precisa regularidad del hábito, sorteaba rieles, durmientes, alambres de señales, cambios, tercer riel, cada vez que el caminito se internaba entre las vías.

Mas la ida fija no se separaba de él ¡Cornudo! Donde quiera que tratara de orientar su pensamiento, escuchaba siempre este adjetivo, lo veía siempre, en gruesas letras de molde, bailar ante sus ojos.

¡Cornudo! Fué un hombre feliz hasta la noche anterior, en que se lo escupieron a la cara en una violenta discusión después de una partida de "mus" en el almacén. Que el jefe, que su amigo, que su bienhechor, que mister Kane y Luisa, su Luisa... No, no; no podía ser, era imposible, había que desechar esa idea; era ofensa a Luisa y a Mr. Kane, el hecho de preocuparse de ello El buscaría al "desgraciado" que se atrevió a decir eso, le rompería la cara y sanseacabó. Pero después del razonamiento ,el adjetivo cobraba mayor fuerza ante su vista, zumbaba más ruidosamente en sus oídos...

¡Cornudo! Del fondo de su ser, de su conciencia íntima, misteriosa, oculta, surgían ahora recuerdos, acontecimientos pasados, paseos, Luisa, míster Kane, visitas ,galanterías, regalos y una vocecita chillona, que se le imaginaba la de un pequeño polichinela burlón, con gorrito de cascabeles y que le gritaba: —Yo lo sabía... lo sabía, lo supe siempre; pero cuando te lo intentaba decir, vos me tapabas la boca, me apretabas la garganta, me querías ahogar, me querías matar. Y yo tenía que callarme y vivir escondido. ¿Te habías olvidado de mí? ¿Creías que estaba muerto? Pero te equivocaste; estuve siempre vivo, aunque escondido, donde no podías verme. Ahora salgo porque puedo gritar; ya no querrás taparme la boca...

Llegó a la puerta de la oficina de guardia. Empezaba a llover; el viento Sur soplaba ahora con mayor fuerza; entró y saludó a don Manuel, el capataz, que estaba sentado frente a su mesa. —Salú, don Manuel.

—Salú Gildo; ahí tenés el libro, firmá. —Y el capataz le alcanzó el libro.

—¿Cómo; mi foguista no vino? —preguntó, luego de una ojeada al libro.

—No —le respondió don Manuel—. Dió parte de enfermo. Salís con el inglés Patrik.

—Está bien —murmuró, y estampó su firma—. Buenas noches. Y salió en dirección al galpón. Llegó junto a la máquina; una sombra oscura, opaca, como una mancha azul sobre el fondo negro de la locomotora, iba, venía, se agachaba, se enderezaba, aparecía y desaparecía, se pegaba y se despegaba entre los bogues, las ruedas, las bielas, el pistón del émbolo y las cajas de los ejes; el largo pico de la aceitera que esgrimía entre sus manos, todo lo penetraba, todo lo bañaba en aceite. La rígida y severa fisonomía de Patrik, que le era hostil hacía tantos años, que temía y evitaba en lo posible, se volvió hacia él, en cuanto lo hubo advertido. Mas, esta vez, sintió alegría ante su presencia.

Lo saludó: —Buenas noches, inglés. ¿Estás aceitando?

—Buenas. Ya lo ves, —le contestó el inglés con su expresión siempre hostil. Habían sido muy amigos durante la niñez; eran, más o menos, de la misma edad; fueron juntos al colegio primario. Aquella época, que hasta poco antes le disgustaba recordar; se le presentaba ahora como una sensación de alivio; veía a Patrik, aquel muchachito nervioso, ágil, inquieto, con su cabeza rubia poblada de rulitos y sus ojos celestes, que cuando fruncían el ceño miraban con una fuerza tan arrolladora que ningún muchacho del barrio osaba replicar. El era el árbitro indiscutido en todas las cuestiones entre los muchachos; se le temía, se le respetaba y se le quería; era el más manso, suave y bondadoso con los pequeños y los débiles ytambién el que salía siempre a copar, cuando alguno de los grandotes de otros grados querían arrebatarle la pelota a sus compañeros, o de prepotencia desalojarlos de la rayuela que ellos habían dibujado. Cuántas veces había peleado, ensangrentado, roto, por algún muchacho mucho más grande; pero jamás recordaba haberlo visto retroceder o pedir cuartel. Gildo advirtió que en estos momentos la presencia del inglés le traía la misma sensación de amparo, de protección, que cuando era niño. Luego, ya mocitos, entraron juntos al ferrocarril; pero la amistad empezó a declinar. Caminos distintos los separaban. El inglés, fuera de las horas de trabajo concurría a las bibliotecas, andaba siempre con libros, con folletos, se vinculaba a las organizaciones obreras y se hacía amigo de personas mayores, viejos militantes en las agrupaciones de los trabajadores. Gildo, mientras tanto, se hacía un diestro jugador de billar, de barajas, era asiduo concurrente a los cafés, a los salones de bailes, donde conquistó rápida fama de bailarín; sus conversaciones y discusiones entre compañeres jiraban alrededor del mejor artista de cine, el mejor cantor de tangos, los jugadores de football, las barajas, las carreras y los programas entre las muchachas del barrio. Para las grandes fechas conmemorativas él era el encargado de llevar el pavo, la yunta de gallinas o los pasteles a casa de míster Kane, el jefe, el protector de la familia.

Llegó la huelga del año diez y siete, a la sazón eran limpiamáquinas; el inglés abandonó inmediatamente el trabajo y poco después se le veía concurrir integrando las delegaciones obreras, que discutían con los jefes de igual a igual, que exponían, refutaban y causaban la admiración de los adversarios, a pesar de los intereses opuestos que defendían. Entre el personal ferroviario se recordaba aun la noche en que quinientos hombres, guiados por Patrik, habían sido baleados cerca del puente Bóveda, cuando regresaban de levantar varios kilómetros de vías del ramal a Briand; el inglés, en aquella oportunidad, desafiando el fuego graneado de los máuseres, uno a uno, iba rescatando de la ciénaga del bando de Flores a los compañeros que, enloquecidos por el pánico, perdían el camino en la huída y se precipitaban en el fango que lentamente los tragaba. Se había hecho el blanco de todas las punterías, pero no retrocedió hasta ver a salvo al último de sus compañeros. Aun hoy no se explica cómo pudo escapar con vida aquella noche.

La actitud de Gildo, fué diametralmente opuesta; él recibió la visita del propio Mister Kane en su casa; en presencia de sus padres, le ofreció veinte pesos por día, mientras duraba el movimiento y el ascenso a foguista, puesto que conservaría, una vez arregladas las cosas. Se resistió, protestó, recordó a sus compañeros de trabajo, se avergonzó, pero... veinte pesos por día, trajes a la moda, el sueldo de foguista y Luisa, su novia, la ahijada de Mr. Kane; luego la súplica de los viejos, de las hermanas... y aceptó; no abandonaría el trabajo, sería fiel a sus jefes.

En la actualidad, él era un maquinista de primera; el inglés no había pasado de foguista. Patrik desde entonces, sólo cambiaba algunas palabras con él, cuando el servicio se lo imponía.

Gildo trepó a la máquina, se dirigió al fondo del tender y cambió su ropa por el traje azul de trabajo, luego cerró la caja, observó el tanque de agua y encendió los faroles de trasera; descendió y fué a hacer lo propio con los de cabecera.

Ejecutaba mecánicamente su trabajo, sin pensarlo, por la fuerza del hábito.

Su obsesión, no le abandonaba... Cornudo... le perseguía siempre... siempre...

El foguista había terminado de aceitar y se lavaba las manos. Le preguntó: ¿Sacaste el aceite? ¿Cuánto sacaste? ¿Está todo listo? —Sí, le respondió. Lo que aconseja el cuadro. Todo está listo, falta entregar el recibo.

Mientras Patrik se disponía ahora a cebar mate, él, armado de una llave de biela, de un candil y de un martillo, descendió a revisar la máquina. Destapa una biela motor, observa el aceite, golpea con el martillo los pernos, las llantas, los bogues... y cada golpe repercute en su cabeza... Cornudo...

Sube nuevamente a la máquina y saca el reloj. Faltan diez minutos para la salida, inglés, apercibe a su compañero.

El foguista toma la pala y carga el horno; estira las paladas de carbón que va arrojando, abre el soplador y con el gancho, cuida de que el fuego no quede aplastado ni agujereado. El maquinista, reloj en mano, prueba los frenos, observa las agujas y comprueba que no hay pérdidas. Es la hora, corre la palanca de marcha atrás, toca dos pitadas y observando la señal del cambista, que le contesta, abre el regulador. La locomotora se desplaza entre los cambios y toma la vía auxiliar. Llegan al Once. Las señales verdes de la cabina le indican que puede avanzar, toman el cruce y atracan en la cabecera del corte de vagones que les espera; el cambista engancha, ajusta las mangas, grita: ¡freno! y luego: ¡listo!

Son las siete de la noche; el tren, con un suave vaivén, inicia su marcha a Lincoln rápido a Mercedes. Gildo y Patrik, cada uno en sus funciones, han cambiado muy pocas palabras. El maquinista sin embargo se decide a romper el hielo y hace varias preguntas seguidas a su foguista, que éste contesta secamente, con monosílabos. El tren corre ahora vertiginosamente, cortando cabinas, estaciones, semáforos, mientras el viento sur silba con singular potencia y la lluvia bate implacable los vidrios de la máquina.

—¿Qué noche perra nos tocó, inglés? ¿Haremos el horario, qué te parece?

—¡Quién sabe!

—¿El horno está bien cargado? Mirá, no levantamos más de ciento veinte, a ciento cuarenta libras. ¿Y el viento? Hum... me parece que nos quedamos.

—Cortá la marcha en las barrancas abajo; nos puede faltar el agua.

La locomotora se debatía valientemente entre el agua y el viento, dejando oir de tanto en tanto, su potente silbido de protesta. Gildo, entre el frenético chirrido de los fierros y el regular redoble de los bogues, oía siempre el implacable insulto... Cornudo. Sin embargo, su ojo no perdía una señal, sus manos no dejaban de accionar seguras, sobre todas las palancas del mecanismo. Pensaba en su casa, en Luisa, en Mr. Kane; pero como un autómata ,obraba como la mente misma de la máquina. El foguista silencioso, arrojaba paladas de carbón en el horno y hurgaba el fuego con su gancho.

De pronto, las miradas de los dos hombres se encontraron de improviso; ninguno de los dos bajó la vista, se observaron en silencio varios segundos. El tren corría siempre, la máquina, resoplaba el vapor de su poderosa energía, regularmente; los hombres, semi iluminados por el rojizo resplandor del horno abierto, proyectaban sus sombras en el ténder. Afuera el agua y el viento, batían implacables los costados del tren.

El Gildo, la mirada angustiada, suplicante, rompió el silencio:

—Inglés — dijo — hace años que no nos hablamos, hace años que no somos amigos; pero esta noche sabés, quiero hablar con vos, preciso que me dés un consejo.

E inmediatamente se sintió aliviado; sus palabras le devolvieron aquella sensación de protegido, que experimentaba junto al inglés, cuando era niño.

Patrik, siempre severo, pero ahora más accesible, contestó:

—No es culpa mía que no seamos amigos, pero vos ves, caminamos por lugares tan distintos.

—Sin embargo, somos compañeros de trabajo. Pero mirá, no vale la pena que ahora conversemos de esto. ¿Sabés lo que me pasa? Te lo voy a contar porque te tengo confianza. Anoche en el almacén, sabés...

—Sí, sí; lo sé, yo llegué después que vos te fuiste y me lo contaron todo.

—¿Y qué te parece? ¿Qué me decis vos de lo que me gritó ese desgraciado? Que Mr. Kane, que mi mujer...

—Que te lo habrán gritado anoche por primera vez; pero, todo el mundo lo sabe hace rato.

—¡Inglés! ¡Patrik! Mirá lo que me decís...

—¿Y qué?... ¿vos no lo sabías por si acaso? Si te has estado engañando, si has querido creer otra cosa, de un hombre que cuida de tu mujer, más que vos mismo; que la lleva a pasear, que se la lleva a su casa, que visita siempre la tuya cuando vos no estás...

—Pero es un amigo, es una persona seria, es el padrino de Luisa...

—Mirá, ya que me has pedido que hablemos, lo voy a hacer con toda sinceridad.

—¿Te parece? Bueno, escucha, entonces. Mr. Kane, no te ha ayudado, no te ha favorecido, no te ha dado nada gratuitamente; todo lo que hizo, fué para que se lo pagaras; vos, al ir recibiendo sus favores, te ibas amoldando, te ibas acostumbrando a servir sus intereses. Tu cabeza, se moldeaba en la noria, a la que te había atado; así, te convino casarte con Luisa por la plata que él le había depositado en el banco y te casaste; te acostumbraste a pensar que Mr. Kane era una persona seria, que eso lo hacía de puro bueno no más y lo aceptaste, porque te convenía. Pero ¿Miraste un poco para adentro? ¿preguntate si no has sabido siempre cuál era su verdadero interés con tu mujer? Y vas a ver lo que te contestás vos mismo.

No tenés derecho a reclamar. ¿No te ha engordado? ¿No te ha cebado como a los chanchos?

Acordate que sos maquinista de primera, porque él te hizo traicionar el movimiento del diez y siete.

—Pero eso es otra cosa. ¿Qué ganaron ustedes los huelguistas?

—Es que nosotros no vamos a una huelga a ganar nada personalmente; lo hacemos, como quien da un golpe de pico, contra una pared que se derrumba; muchos golpes, echan abajo la pared para el bien de todos.

—Mirá, Inglés, si fuera cierto lo que me decís de Luisa y de Mr. Kane, si yo lo comprobara, te juro que los mato a los dos.

—No te engañés, no te hagas ilusiones; si encontrás juntos a Mr. Kane y a tu mujer, tené la seguridad que te sacás el sombrero y le pedís órdenes como de costumbre; pensás y obrás, con la mentalidad que te fabricaron los favores que te hizo Mr. Kane; seguís atado a la noria que moldeó tu cabeza.

Un balde de agua helada, no le hubiese hecho a Gildo, un efecto tan desastroso; quedaron en silencio largo rato, accionando siempre, con la precisa regularidad de la costumbre. El tren, cortando el agua y el viento, seguía tragando los kilómetros.

Cruzaron el semáforo de distancia de la estación de Mercedes; ya se divisaban las luces veladas por la lluvia. Gildo consultó el reloj, llegaban a horario; a poco andar, acortó la marcha y empezó a accionar suavemente con los frenos. Sentía la boca seca, obstruída por una saliva pegajosa y espesa; la cabeza le ardía.

—Inglés, voy a pedir relevo, no puedo seguir — dijo a su compañero.

—Hacé lo que te parezca — le contestó éste.

Llegaban a la estación; ya sobre el andén, las zapatas de los frenos se oprimían cada vez más sobre las llantas, hasta que el tren se detuvo totalmente.

Saltó de la máquina, había pedido su relevo por enfermedad y el relevante se hacía cargo de sus funciones; eran las nueve y treinta, un tren de carga cruzaba en dirección a Once y trepó a él.

La una y media de la mañana. Por la calle Yerbal, desierta, oscura, la opaca silueta de un negro capote, encapuchado, cubriendo casi los pies; avanza lentamente, en dirección a Caballito; llueve torrencialmente, el agua lo golpea implacable.

Está a una cuadra de su casa; aun alienta la sed de venganza que explotó en la máquina:

—Si los encuentro juntos, los mato a los dos.

Pero a medida que avanza, que se acerca, sus pasos se hacen más lentos, su agresividad se va apocando, siente que le tiemblan las piernas.

Frente a la puerta de su casa, se detiene, su imaginación trabaja violentamente... piensa: Abro la puerta, entro; Luisa, Mr. Kane... y... se ve un muchacho, con una yunta de gallinas, en el día de año nuevo... —Servidor de usted, Mr. Kane...

Huye... huye despavorido de la puerta de su casa; y la opaca oscuridad de la noche, se traga al negro capote, que trata de pegarse a las viejas chapas de zinc de la calle Yerbal.

En sus oídos, zumba la voz del Inglés: —Seguí atado a la noria que moldeó tu cabeza...



Museo de la Confusión

TIEMPO ha, mientras realizaba un descuidado paseo por las adyacencias de la cloaca máxima y la quema de la basura, divisé a la distancia, entre la confusión de latas, fósiles y pelusas, un objeto que parecía moverse a impulso de la fuerte brisa y que refractaba intensamente los rayos solares. Tuve una vaga sospecha sobre la naturaleza del objeto que había logrado despertar mi atención. Me acerqué con cautela y comprobé que en efecto se trataba del libro Trovas de la Cachimba, del poeta Julio Estavillo. Continué mi exploración y milímetros más atrás determiné exactamente el lugar donde yacía Agua del tiempo, de Fernán Silva Valdés. Dándole la prioridad merecida, abrí el libro de Estavillo en la página 33 y me tocó el poema Trovas a la Caña, indiscretamente dedicado a la memoria del inimitable Viejo Pancho. Antes de proseguir, quisiera dejar sentado que no creo en las facultades mnemotécnicas de los octogenarios, momias, vejestorios, expedicionarios al desierto y demás personajes en desuso.

★

Entré de lleno a la lectura del poema que comenzaba así:

Caña
Néctar de los dioses gauchos,
Yo te proclamo la mejor de las bebidas.

La propaganda continuaba en esta forma:

Eres mejor que el champaña,
etcétera.

No está demás decir que me interesó sobremanera este recomendado producto que en forma tan novedosa se anunciaba, y seguí leyendo ávidamente con la esperanza de obtener datos ilustrativos y concretos sobre el loado bebestible. Estrofas más tarde el poeta, ya en plena confianza con la caña, le dice:

Tú eres toda sabrosa de sudor y después:
Tú le enseñaste al indio convertido en gaucho, cómo se lanceaba mejor

Mejor, cómo se lanzaba mejor, porque no creo que ninguna bebida cuya fórmula tenga por base al buey de almizcle, la catinga, zorrinos glandulares y otros padres de la pestilencia llegue a distinguirse como catedrática del florete y a transformarnos en hábiles espadachines, dignos representantes de la pedana nacional o socios ad honorem del Círculo de Armas. Mi sincera opinión es que difícilmente llegado al caso de un brindis con ese soporífero, me animaría a pasarme en cuarta o a lanzarme a fondo en una estocada maestra.

★

Convaleciente aún de este primer poema, fuí a parar a la página 39, donde el trovero dirigiéndose a un yesquero, pregunta:

¿Cuántas veces supiste de los potros
que sintieron su salvajismo aprisionado
entre las piernas musculosas y velludas
que empiezan en bota terminando en garfios?

Personajes sencillos y de poco aliento que sólo se animan a comenzar en ligas para agotarse en calcetines, a insinuar un promisor principio de cuello palomita para finiquitar vergonzosamente en pechera almidonada o pretenden elevarse basados en suela para sólo alcanzar las limitadas proporciones de una zapatilla marca Langosta.

Decepcionado por esta primera experiencia, deposité la obra en su lugar correspondiente y me le animé al libro de Silva Valdés. Fuí perjudicado en la página 23 por un poema titulado Poncho. Este poeta también gusta de las conversaciones a solas con los ponchos, las botas de potro, los fogones, boleadoras y otros elementos del equipado hombre de campo y no teme arriesgarse en conmovedores tête a tête con los lazos, las vinchas y el chiripá, o efectuar interesantes interviews a los talas, los ceibos y los caneleros. conversando con un poncho, el monologuista dice:

Eres casi el de antes, todavía conservas
sabor a crin de potro y a campo y a fogón

Que el poncho fuera casi el de antes, no me inspira ninguna clase de dudas, porque lo asombroso sería que no fuera casi el de antes y que se hubiese dedicado a dejarse crecer mangas, bolsillos, aumentar de peso, adquirir solapas y transformarse mágicamente en un abrigado y elegante sobretodo Ranglan. Sobre el sabor a crin de potro y a campo, de los ponchos, creo que pocos restaurants se animarían a nutrir su alimenticio menú con platos de tan poca salida como los ponchos al gratin, crin de potro a la provenzal o boleadoras soufflé. El otro sabor es poco conveniente para estas prendas. Recuerdo aún aquel fiel poncho calamaco regalo de mi abuelo el gaucho, que en cierta ocasión dió en adquirir sabor a fogón y a brasero y que cuando quise ponérmelo, no supe si era una colilla de cigarrillo que se hallaba junto al asado, las boleadores y el mate, o se trataba más bien de cierta chamusquina que ardía pegada al palenque y los mojinetes y amenazaba propagarse a las cinchas, maneas e instalaciones del establecimiento.

★

En otra zona del poema, Silva Valdés recurre a la geometría para describir su poncho, y dice:

Aun estás saturado de otro tiempo
del tiempo en que mi vida se agitaba
debajo de tu gran cuadrilongo.

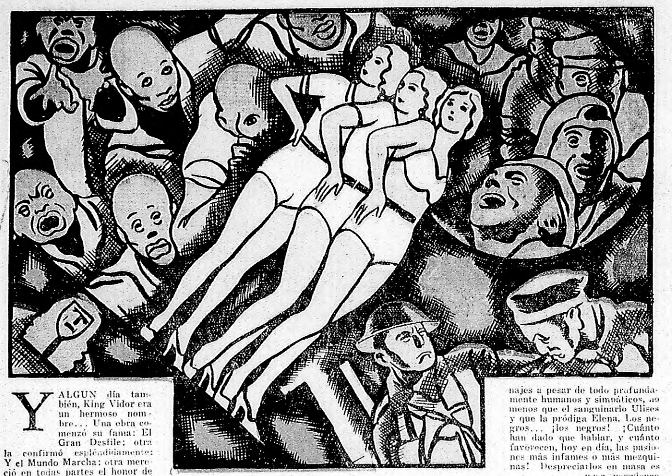
Aquí el poncho lo habrá mirado a su conferencista sin comprender y como diciendo: A mí, que me registren. No es para menos, porque el hecho de llamarle gran cuadrilongo a un poncho, pequeño paralelógramo a un chiripá y polígono regular a un cojinillo, nos lleva a una concepción peligrosamente matemática sobre los atavíos camperos. Se corre el peligro de que mañana o pasado el capataz y los mensuales abandonen la yerra, los rodeos y las esquilas, para dedicarse inútilmente a resolver la trisección de la carona, la cuadratura de la sobrecinena, el área aproximada de una lonja de potro o el volumen exacto de un mate amargo.

El autor se da otro viajecito y dice, siempre dirigiéndose al mismo interlocutor:

Poncho, cuando te extiendo no cabes en el cuarto

Inconvenientes que reporta el no comprar la ropa hecha a medida y aceptar: ponchos que limitan al Norte con la Jirafa y Casiopea, al Sur con el Toro y Aries, al Este con el Cochero y al Oeste con el Triángulo y Andrómeda; dilatados pañuelos que para poder utilizarlos requieren la confección de un plano en colores a una escala reducidísima y obligan al poseedor a construir mojones y alambrados especiales para no extralimitarse; o pares de medias dentro de las cuales el usufructuario parece hacer ostentación de amplias robes de chambre, o estar embozado en misteriosas y abultadas copas estudiantiles.

Anímula Vágula



King Vidor

★

Y ALGUN día también, King Vidor era un hermoso nombre... Una obra comenzó su fama: El Gran Desfile; otra la confirmó espléndidamente: Y el Mundo Marcha; otra mereció en todas partes el honor de muchas parcialidades y polémicas: Hallelujah. Desdichate, ¡cuánta escoria entre esas cumbres, y sobre todo después de esas cumbres! Recordemos solamente la insignificancia de Billy the Kid, la pesada sensiblería del Campeón, la nulidad lamentable de Te he sido fiel. Y es que King Vidor, genial en sus mejores momentos, no es inteligente. Cuando no está inspirado, no es nada. Posee, a todas luces, una sensibilidad viva, sincera, generosa; mucho mayor que la de Sternberg, porque no es pretenciosa ni falsamente elíptica; mucho mayor que la de Lubitsch, que no la precisa, ni siquiera para conmover. Lástima que esa sensibilidad, ni sea siempre de calidad muy pura, ni baste a sí sola para resolver ese gran problema, o esa serie de intrincados problemas, que representa cualquier obra —hasta cinematográfica.

No quiero opinar demasiado de El Gran Desfile. En sus tiempos, pareció traer una nueva visión de la guerra, a la vez lírica y precisa, realista y estilizada. Hoy día se oponen a que la contemplemos con la ingenua emoción que sería necesaria los abrumadores progresos de la técnica cinematográfica. Progresos contra los cuales es absurdo protestar; pues no traen mayores facilidades, sino al contrario mayores dificultades de expresión, y proponen a los directores la economía de medios como una elección, no como una necesidad. Progresos, además, cuya magnífica confirmación artística hemos visto en obras maestras como La Escuadrilla de la Aurora. Probablemente, a pesar de una general amplitud de miras y lealtad de concepción, El Gran Desfile no constituía, ni aun en la época, una obra capital; probablemente también, a pesar de un plan desordenado, de un fin lastimosamente convencional y de tal o cual pasaje de interés muy pobre, no es tampoco una obra tan insignificante y frustrada como se le ocurre irresistiblemente al espectador de ahora, aunque se esfuerce por verla "con los ojos de la historia", actitud que se puede asumir como una voluntad, pero que no compromete nunca la intimidad profunda; actitud que puede entrañar juicios, pero no convicciones.

Y el Mundo Marcha, en cambio, se puede aún hoy admirar con lealtad; quizás es de las cintas mudas que más interesan ahora, exceptuando las cómicas y algunas soviéticas; y no interesa proponiendo un resignado o pedante ejercicio de anacronismo, sino efectivamente, espontáneamente. Hay varias razones para ello; una de ellas es que no comporta, contrariamente al Gran Desfile, ninguna esforzada mise en scene; que en vez de esas granadas, tanques, ametralladoras y aviones, que unos años más, o cien mil dólares más, volverán indefectiblemente más numerosos, ensordecedores y espeluznantes, King Vidor sólo ha utilizado aquí, y con insistente voluntad, el escenario común de la vida cotidiana y el fondo eterno de los destinos medianos. Se recuerda el argumento de elegida sencillez: un hombre joven llega a la gran ciudad, seguro de la felicidad y el triunfo. Un hombre como tantos, sencillo y abismático como tantos. Muy norteamericanamente, pero cuán humanamente, se enamora y se casa. Una gran alegría: gana mil dólares en un concurso; en seguida, y casi supersticiosamente traída por ella, una gran desgracia: la muerte de un hijo. Y luego, el tejido común y trágico de las vidas difíciles: empleos perdidos y recuperados, perplejidades monetarias, terribles consejos familiares, propósitos frustrados, decepciones tan fulminantes como las esperanzas, enojos conyugales, reconciliaciones, y alguna alegría más desoladora y pobre que las penas. A veces, momentos insoportables, que llevan al borde del suicidio; pero no es ese el fin que corresponde al hombre de alma mediocre, de destino mediocre: el tren que llega, tan fácilmente mortal, pasará: nada ha sucedido. Y el drama, latente o abierto, incoherente y cotidiano, no acaba con la cinta; seguirá en sus protagonistas; seguirá en millares de seres; seguirá por donde haya vida en el mundo, y hombres contra el hombre.

Corresponde con bastante exactitud La Muchedumbre (que ése es el verdadero nombre de la cinta), dentro del cinematógrafo, a la concepción del mundo y al arte también de Henri Bataille, dentro del teatro; esta similitud se vuelve especialmente notoria si olvidamos la afición que contrajo el dramaturgo francés a tratar temas excepcionales o morbosos, y pensamos sobre todo en sus otros y más definidos momentos, en que a la zaga de otro talento anterior, y naturalmente mucho mayor, el del Flaubert de la Educación Sentimental, su natural y tierno pesimismo se aplicaba en extraer algo así como la poesía encerrada en el prosaísmo, en el insistente y doloroso prosaísmo, de las vidas humanas. Esta disposición podría, por cierto, parecer algo anacrónica en 1928, fecha de la Muchedumbre; el mal de nuestro siglo se alimenta de otras angustias, y basta para realizarlo, ya que de Bataille hablamos, comparar el pesimismo de su Poliche con el de La Galería de los Espejos o del Veneno, de Bernstein. Pero como el tema del hombre contra el mundo, o contra la vida, contra los minutos de la vida, contra la caprichosa o monótona, la tremenda o mezquina injusticia de la vida, es de siempre, mal podemos protestar contra esa buena cinta, ni aun pensando que su equivalencia actual sería un mal drama o una mala novela. Con alguna indelicadeza casual, con algún accidente de gusto, La Muchedumbre es y será



siempre una obra de gran fuerza emotiva. No sólo en los momentos penosos y trágicos, también en los poéticos y felices vale; véase la justeza de esa incómoda y ferroviaria noche de bodas, véase la intensidad de la boda verdadera en plena naturaleza, cuando por vez primera, lejos de la sonrisa convencionalmente burlona y convencionalmente zafada arrojada con el arroz a los "just married", lejos de las cortinas apenas discretas del "sleeping", se abandona la esposa, recostándose en el suelo con un gesto en que hay fatiga, en que hay amor, en que hay destino, frente al Niágara sencillo y poderoso. Pero no hay duda que los más memorables momentos de la obra son los de amarga, desamparada emoción.

Ya recordamos el falso suicidio, tan significativamente expresado; no es menos admirable el momento en que el protagonista —un carácter de profunda verdad general, como seguramente tiene muy pocos el cinematógrafo— fracasado, dolido, desalentado infinitamente, rehusa, sin embargo, con las manos en los bolsillos, apoyado en una puerta, y con una sonrisa de tranquilo orgullo melancólico, el empleo salvador que un cuñado aborrecido viene a ofrecerle. Recordemos también la escena final: la reconciliación pueril, y tan humana, de los esposos; el impulso de la mujer que se había separado del marido por inútil e incapaz, pero que ahora vuelve a los brazos de quien no fué valiente ni afortunado ni lo será nunca, porque el pobre hombre ha puesto a andar en un fonógrafo una melodía de antaño, y porque con el primer adelanto del miserable empleo de hombre-affiche que ha conseguido, ha comprado para esa noche dos entradas al music-hall. Y va la pareja al espectáculo; y al salir un absurdo payaso, ríe, ríe, ríe... Con este hallazgo termina la cinta: su intención de conmover dolorosamente con la representación de esta felicidad ingenua, inconsciente y pasajera es evidente y bien lograda. Bien lograda como muchos otros pasajes; bien lograda como sobre todo el ambiente sostenido, la persuasión final de la cinta, la cual, aunque no sea el objeto supremo del arte, y ni siquiera quizá su absoluto derecho, el escrutar la innumerable aplicación malévola del destino, la detallada miseria humana, permanece, como hemos dicho, una obra, no maestra, pero sí grande y patética; dotada además de notable valor histórico si pensamos que el cinematógrafo, que ya conocía la narración heroica (Sternberg) y la idílica (Borzage, Fejos), ignoraba aún la realista. El Dedo Acusador, cuatro años después, no es sino la transplantación y herencia de La Muchedumbre.

Hallelujah está representada exclusivamente por negros. Esta circunstancia —fijémonos bien— sólo es una deliberación del autor, no un mérito en sí: a lo sumo, un mérito ético, no artístico. Comienza a haber virtud en el momento en que el director renuncia a un "valiente alegato" en favor de la otra raza, y decide presentarla con realidad, y hasta con la coquetería —no inverosímil— de hacer de su protagonista un asesino, de su heroína una perdida; personajes a pesar de todo profundamente humanos y simpáticos, no menos que el sanguinario Ulises y que la pródiga Elena. Los negros... ¡los negros! ¡Cuánto han dado que hablar, y cuánto favorecen, hoy en día, las pasiones más infames o más mezquinas! Despreciarlos en masa es una vergüenza moral; creer que han vuelto a inventar el mundo y que la salvación está en ellos, es una vergüenza intelectual. Están indefectiblemente más cerca del hombre primitivo, curioso y quizá útil de interrogar, pero absurdo y desastroso de seguir. También los niños son elementales y quizás parecidos a la vida; pero nadie acude a un cirujano lactante ni a un arquitecto de babero. La civilización trae males infinitos; lo malo es que la barbarie los trae mil veces peores aun. El culto violento a los negros, además, no es sólo una sinrazón; es, como todos los snobismos, una farsa. Y la prueba es que Norte América, en que el linchar es todavía una institución, en que las grandes capitales se enorgullecen de sus especiales "tranvías de negros"; en que la novia escruta alarmadísima las uñas del novio, no vaya a tratarse de un negro blanco, es el país en que los mismos negros ganan más dinero, triunfando con esplendidez en las envidiadas carreras de baterista, de mucamo o de gigoló, y arruinando a trampas, por Fifth Avenue, a los sastres encantados. Probablemente hay aquí la tradicional coquetería del vencedor que se enternece con el vencido o el perseguido, que supone secretas delicadezas en su inferioridad y acaba por respetarlo o imitarlo. Roma se dió el lujo de dejarse conquistar por esa misma Grecia que había conquistado; Europa tiembla ante la "sabiduría oriental"; Nueva York, no sólo delira a la sola idea de un clarinete tenebroso, sino que se pasma —equivalente fenómeno— ante lo más pobre, lo más endeble, lo más falso, lo más moribundo de París, de un París que perdió la guerra. Si voy a Alemania, estoy seguro de no encontrar sino libros judíos, artículos judíos, conferencias judías, ideas judías, y una admiración desesperada y general por Sem.

En una sociedad normal, curada a la vez de un estúpido orgullo y de la manía de las paradojas de moda, curada sobre todo de la pereza atroz de juzgar a los hombres por grupos y razas, no según la diferencia individual —la única—, Hallelujah no hubiera conocido tantos éxitos ni tantos fracasos. Su vicio esencial consiste en que no es propiamente una obra narrativa como simula, sino, a lo largo del más endeble de los argumentos, una revista; una revista negra, con sus blúes de bodega, sus sermones ferroviarios, sus charlestones infantiles y sus presidios filarmónicos. Algunos de estos cuadros, por otra parte, se elevan a notable vigor dramático; por ejemplo, el bautismo, que traduce con tanto calor el arraigo físico de la fe cristiana en aquellas almas someras, y mejor aun esos cantos mortuorios, terribles de vaivenes, de convulsivas manos en alto, de sudorosas calvas relucientes y oscuras, de voces como un temblor prolongado de campana, en que tanto énfasis convencional, tanta declamación ritual viene a persuadir tanta verdad de dolor; cuadro majestuoso y turbador de armoniosa desesperación salvaje.

Alguien se extrañará de que hasta ahora, en este examen de King Vidor, no hayamos siquiera mencionado La Calle. Y es que ésta —tan festejada por algunos— exhibe todos los defectos del autor y ninguna de sus virtudes; es un mal sainete costumbrista, sin otra ley que la acumulación de tipos y episodios, y lo que es mucho peor, sin unidad de tono. Y para rematar, un esfuerzo torpe y pueril de atacar las vigentes convenciones cinematográficas, que el delicioso Lubitsch sabe tan bien sortear o burlar, y no piensa en macizamente contradecir.

Mucho, sin embargo, y a pesar de lo lamentable de sus fracasos, es de esperar de King Vidor, si vuelve a entrar en el estado de gracia que más de una vez ha conocido, y en que pocos del cinematógrafo lo igualan, pues posee una convicción de humanidad, una hordura generosa, una virtud de emoción de esas que sólo imita, y mal, la actual imperfección de la inteligencia sola.

★

NESTOR IBARRA

ILUSTRACION DE GÜIDA

Viento Huracanado

CALOR tropical. Hasta cuarenta y dos grados centigrados a la sombra. El sol en el solsticio perpendiculariza los rayos de su lumbre. Las capas inferiores de la atmósfera dijéranse diafanizadas. El aire hace de transparente reverbero, y las cosas se ven como poseídas de un temblor apenas perceptible. La tierra acumula calorías a más y mejor y en las calzadas de piedras desiguales, en las veredas de lajas, se tiene a veces la sensación de transitar sobre ardiente rescoldo. Descalzos, los pies se ampollarían de inmediato. La alta temperatura persistente desde la hora cenital hasta más o menos las tres pasado meridiano, infiltra una dejadez y un agobio de clima africano. Calor seco de región montañosa, saludable, pero tremendo.

La pequeña ciudad provinciana que fundara en el valle el español conquistador, se amodorra en el fuego y en el silencio de la hora. Las construcciones escasamente elevadas en su mayoría, dan la impresión de achatarse bajo un peso invisible de toneladas. Muy pocos asoman al descubierto. Nadie que no tenga urgente, imprescindible necesidad, se aventura y atraviesa a esa hora las calles de la población. Una siesta larga se impone, y la gente en los interiores preservados de la máxima temperatura, se deja estar durmiendo la siesta, o resiste el sopor del sueño, en lentas conversaciones sin trascendencia.

En las quintas urbanas, la sombra acogedora de los naranjos y otros árboles frutales, renueva en la quietud las andanzas del "duende", cuyas consejas les sirven a las madres para reprimir las escapatorias de los chicos.

Algún perro callejero cruza jadeante frente a los zaguanes, la lengua afuera, el belfo colgando humedecido y un desvarío de rabia en los ojos mortecinos.

El sol recorre su trayectoria aparente en el paralelo, y a medida que pasan los minutos, se va alejando del cenit en dirección a las cumbres. Transcurridas las tres de la tarde, la ardencia cede manifiestamente. El calor disminuye. El bochorno se desvanece en rachas aun tibias de brisa sureña, y cuando más el astro se acerca a la montaña, el frescor acelera el renacer del ánimo decaído desde mediodía.

Los habitantes trabajan el resto de la tarde y cuando el crepúsculo se insinúa maravilloso en el horizonte, el cuadro vital cambia de golpe. Se han poblado las calles y paseos; la plaza principal de la ciudad se llena de voces de juventud, bajo el amplio dosel de añosos terebintos, que embalsaman el viento y al viento se quejan desde el tronco secular, hasta los brazos nudosos de sus ramas.

2

Verano de 191... Comienza un día asombrosamente luminoso. La ciudad contemplada desde una altura, semeja un gran trozo de cristal de roca tirado en la extensa hondonada, brillando al sol. Presiéntese una tarde soporífera como muchas, en la limpidez centelleante de las primeras horas matinales.

Domingo de la semana inicial de Enero. Salvo algunas mujeres que se dirigen a misa, pocas personas transitan las aceras. La muchachada estudiantil ha emigrado de veraneo a las sierras o a los pueblos del campo, gratos en el frescor de las arboledas y en la abierta curva de los valles.

La pequeña ciudad norteña se entristece de soledad.

Repechando la inclinación pronunciada de la calle, hacia el oeste, marchan a trancos firmes cuatro ágiles mulas de remos delgados, cascos sonoros y tiesas orejas. Van las cuatro bien aperadas y una sola lleva jinete. Es él, hombre maduro de original estampa. Un nativo; de esos capataces de ascendencia aborigen, que las familias suelen adoptar en fundos y estancias para el desempeño de misiones importantes.



Las mulas marchan calle arriba y a su paso rápido sobre las piedras redondas de la angosta calzada, se despierta el eco dormido en los zaguanes de las viejas casonas.

La reducida tropa se detiene frente a un portal ancho de arco rebajado, a través de cuyas hojas entreabiertas se avizora un patio de ladrillos, florecido de jazmines en tinas verdecidas por el tiempo.

Al ruido de la caballería que ha llegado, asómase a la puerta la gente de la casa. Lorenzo, el viejo capataz, da los buenos días y echa pie a tierra, despacioso, casi solemne, como buen provinciano.

—¿Ya están las patroncitas? —inquiere dirigiéndose al grupo que acaba de saludar. La respuesta se la dan a coro, dos niñas que salen presurosas del interior.

—Buenos días, Lorenzo, ya estamos listas, — y una de ellas agrega sonriendo:

—¿Quieres ayudarles a las muchachas a mover las petacas?

—Y cómo no, patroncitas. — contesta el hombre introduciéndose en el zaguán.

Elena Casares y Marta Díaz, van a emprender el retorno hacia los lejanos solares paternos, donde piensan gozar serranamente, las vacaciones de su estudios normales. Son dos adolescentes provincianitas de catorce y quince años. Despreocupadas, bulliciosas y frescas se disponen al largo y cansador viaje, infiltrando una pizca de tristeza en la despedida, de la familia que las albergara como pensionistas mimadas, durante muchos meses.

Con la tierra reseca, la brisa ausente y el cielo sin nubes, se inicia ardorosa la mañana. En el aire inmóvil, no flota el más leve presagio. Y están huérfanas de malos pensamientos las almas de las jóvenes.

Lorenzo ha cargado una de las mulas con dos petacas, especie de baúles de cuero, donde va el equipaje de las viajeras. Abrazos y besos efusivos. Luego, Marta y Elena, ayudadas, se acomodan en sus respectivas cabalgaduras. A su vez, el capataz, monta su fuerte mula overa. Ultimas palabras y gestos cordiales de adioses, y las cuatro ágiles bestias, impacientes, reemprenden la marcha, ahora calle abajo, y de nuevo a su paso, el eco dormido despierta en los zaguanes en sombra.

3

Cuarenta y ocho horas de camino. Dos días de andar, con sendos descansos en algún pueblecillo insignificante, semioculto como aldehuela de antigua oleografía española, en un recodo del sendero solitario.

Detrás, a la espalda de los viajeros, verde serranía esfuma la tonalidad igual de sus laderas, en reflejos de oro bajo el sol de la tarde. El camino de los cerros, quebrado pero guarecido, va trocándose en aridez sin amparo. Un polvillo finísimo ,tenaz, se levanta al paso enérgico de las mulas, que tranquetean ya, en una huella arenosa, que se borra para el ojo inexperto, a medida que el arenal se espesa. Monte espinoso y diverso, que ha fijado a los médanos, flagela no el cuerpo, sino el espíritu, en largos trechos de camino, con el espectáculo de su aspereza desoladora. El ámbito poblado de vislumbres, amortigua la visión y cansa la mirada, que se hunde hacia delante con afán. La transpiración copiosa, agota las reservas de energía en el esfuerzo por llegar cuanto antes, y la dureza de andar una senda tan pesada, detiene al viajero en medio de aquel campo inmenso y hostil.



El capataz y las dos jóvenes se apean al abrigo de un tala raleado de follaje y mísero de sombra. Han extendido unas mantas en el suelo blando y caliente. Recostadas sobre ellas, Marta y Elena alivian sus cuerpos del cansancio de cabalgar. La naturaleza hosca de la dilatada travesía, hace más torvo su aspecto en la soledad. Las jóvenes conversan sin entusiasmo respirando el aire cálido.

El diálogo es intermitente y lánguido.

Allá lejos, hacia el noroeste, el sol enrojece en un incendio fabuloso, el filo plomizo de los cerros. El vientecillo que empezara a soplar, ha cesado de pronto y la atmósfera persiste sofocante. En la copa del tala se inmoviliza un presagio de tormenta lejana.

El viejo Lorenzo, mientras tanto, ha caminado unos pasos y colgando su manta en las espinas de una "tusca", yace tendido a su sombra. Un extraño malestar le persigue desde hace unas horas. Pero no ha comunicado palabra a las niñas. Siente que su mal se agrava por momentos. Nunca lo experimentara antes; en su reciedumbre, no creyó que debía preocuparle, cuando aun era tiempo. Hombre ,como tallado en madera dura de algarrobo, no comprende lo que le pasa. Es algo así como puna en las cumbres. Pero de donde, si no están a mucha altura. El aire, quemante, penetra con dificultad en el amplio receptáculo de sus pulmones. No obstante, el cuerpo vigoroso, el cuerpo recio, trenzado al golpeteo persistente de la vida a cielo abierto, aguanta con bravura el ataque del daño. Marta y Elena no han advertido lo que sucede, y Lorenzo no las ha llamado; fingiendo dormir, jadea; con lentitud se encoje y se estira; no quiere asustarlas, salvajemente asido a la esperanza de recuperarse. El corazón le falla, descompasa sus latidos en el pecho. Lorenzo cree escuchar un retumbo en la cabeza y entorna los párpados sobre las pupilas alucinadas.

Al fin comprende toda la verdad. Va a morir allí mismo. Heroico, voluntarioso, se incorpora a medias, y débil la voz, sollozante, llama a las patroncitas. Las jóvenes acuden sobrecogidas. El hombre ya no puede hablar casi. Ellas, advirtiéndolo enfermo, le ayudan a sentarse. El las mira... se ahoga y llora. Con un postrer movimiento de cabeza les señala las mulas...

Elena y Marta, estrechándose, de rodillas, solas ante la naturaleza inconmovible, gimen su angustia desconcertante, infinita. Pero no pueden quedarse. Deben seguir. Han de aprovechar las últimas luces de la tarde para reemprender la marcha. No conocen el camino y tendrán que fiarse al instinto de las bestias. Abandonar el cuerpo de Lorenzo. ¿Cómo llevarle? ¿Cómo levantar ese cuerpo muerto tan pesado y acomodarlo sobre el animal? ¡Si apenas les quedará fuerza para montar en sus cabalgaduras!

Sobreponiéndose milagrosamente al miedo, a la desorientación de la tragedia que las apresa, abren a duras penas, para el cadáver, una estrecha sepultura.

4

Nubes. Nubes enormes y pardas ocultan en tropel gigante y mudo el cielo de la noche. Hendiendo la tiniebla que parece solidificarse, y todo lo bloquea; siguiendo una huella invisible, las jóvenes en sus mulas tratan de llegar al límite de aquel desierto. Encontrarán recién un rústico caserío.

Mas la tormenta se adelanta. La cercanía del trópico le presta su violencia terrible. Tormenta de estío en el Norte.

Súbitamente un relámpago abarca en la fugaz lividez de su día, el más remoto horizonte. El trueno que le sigue pone un estrépito de cataclismo en la noche absorta, y detiene por un instante en el viajero, hasta la facultad de pensar. La atmósfera en desequilibrio deflagra, con ruidos y luces fantásticos, las fuerzas encontradas de sus ámbitos. Llueve. Llueve con furia. Llueve como para apagar la sed multisecular de las arenas ardidas y del monte torturado.

La máxima intensidad de la tormenta dura contados minutos que se hacen largos como noches enteras para el caminante. Un viento huracanado se desata luego rasando la arena y ulula pavoroso entre la vegetación agreste. Disminuye su empuje unos segundos. Vuelve a cobrar ímpetu y desgajando la copa de algún tala o abatiendo algún cardón, renueva durante gran parte de la noche su lúgubre alarido.

Tres días después, el peligroso y extenso arenal ha recuperado su faz árida y bravía.

Ni rastros del agua caída. Sólo la parte montañosa enseña aquí y allá, vestigios de la extraordinaria tormenta.

Gente a caballo recórrelo desde el alba. Busca a los viajeros perdidos. Los busca, llevando de tiro cuatro mulas con los aperos en desorden. Cuatro mulas desmadejadas, cansinas.

★

PEDRO ALVAREZ TERAN

ILUSTRACION DE ROJAS

RELATOS CHINOS

LA idiosincrasia del pueblo chino es la única en su género y no tiene nada de semejante en el mundo entero. El folklore de aquel pueblo representa una mezcla monstruosa, misteriosa y, a la vez, sencilla de lo fantástico con la vida cotidiana. Para el chino no existen fronteras entre el mundo real y el de más allá. En su imaginación la tierra está íntimamente ligada con el cielo. Los espíritus y los fantasmas están unidos a los hombres por los lazos de amir y de odio; a veces los primeros se convierten en rivales de los últimos y, en general, parecen ser habitantes de la tierra, vecinos cercanos del hombre. Para un chino el cielo no representa algo misterioso y místico, pues él cree que allí también existen pecados y bajas pasiones, tales como: la codicia, el amor sexual, la sed de la venganza y la mentira. Los habitantes del cielo se diferencian de los de la tierra sólo por su fuerza.

El lugar más destacado en el folklore chico corresponde al espíritu-zorra, que suele presentarse en varias formas, principalmente encarnado en el cuerpo de una hermosa joven. Esta, después de haber conseguido el amor de un hombre, se casa con éste, da a luz varios hijos y se convierte en una excelente esposa y madre, contribuyendo a mejorar considerablemente la situación material de su marido.



En los cuentos populares chinos lo misterioso se entrelaza maravillosamente con lo real. El mayor encanto de aquellos relatos consiste en la ingenuidad y la inocencia, verdaderamente infantiles, con que se resuelven los problemas más complicados de la vida humana.

A título de ilustración, presento a mis lectores dos cuentos genuinamente chinos,

R. L. de D.

★

EL emperador Tay-Zsun paseó su mirada escrutadora por los grupos de los altos funcionarios, militares y civiles, reunidos en la audiencia, y, asombrado por la ausencia del ministro Wey-Chen, llamó a Su-Sheitzi, al que dijo:

—Anoche vi un sueño muy raro. Soñé que un desconocido se arrodilló ante mí ,exclamando: "Soy el dragón del río Kin El Cielo ordenó a Vuestro Ministro Wey-Chen decapitarme. Os ruego me salvéis la vida". Se lo prometí, pero ahora no puedo decir nada a Wey-Chen, puesto que no está aquí.

—Mandad a buscarlo, —aconsejó Su-Sheitzi— y tenedlo en su palacio durante todo el día de hoy. De este modo no tendrá la posibilidad de matar al dragón.

Tay-Zsun siguió el consejo y dió orden de traer inmediatamente al ministro Wey-Chen.

A dicho funcionario, la noche anterior, le había sucedido lo siguiente: mientras él estaba observando las constelaciones, del cielo bajó un mensajero, enviado por el Emperador Celestial, para comunicarle que éste le ordenaba decapitar al dragón del río Kin, al día siguiente, en el tercer cuarto de la hora del mediodía.

Wey-Chen se prosternó ante el enviado divino, hizo una ablución ,se abstuvo de toda clase de alimentos, preparó su valor y apartó de su lado la pereza, en la expectativa de la hora fijada. Por esa causa no pudo acudir a la audiencia de Tay-Tzun. Pero, cuando a su casa llegó el carruaje enviado por el soberano en busca de él, el ministro no pudo negarse a ir. Se atavió con su uniforme de gala y se dejó conducir al palacio real.

No bien llegó Wey-Chen, el emperador lo llevó a sus aposentos privados. Allí le propuso jugar un partido de ajedrez.

Se acercaba el mediodía. En el tercer cuarto de esta hora el ministro se inclinó repentinamente sobre el tablero.

—Se durmió — dijo para sus adentros Tay-Zsun. — El pobre está cansado. No lo voy a despertar.

Al cabo de un rato, Wey-Chen se despertó sobresaltado, y se prosternó ante el emperador, pidiéndole perdón.

—No es nada — replicó el soberano.

Reanudaron el juego, pero, de repente, fueron interrumpidos por unos gritos desaforados. Acto seguido, en la estancia penetraron dos oficiales de la guardia real, que pusieron a las plantas del emperador la cabeza del dragón, recién cortada.

—¿Qué es esto? —preguntó Tay-Zsun, en el colmo del asombro.

—Esta cabeza acaba de caer de las nubes, —fué la respuesta.

—Vuestra Majestad, —exclamó el ministro, arrodillándose ante su emperador—, la corté yo durante mi ausencia.

—Pero... usted no ha salido de aquí ni por un instante, —replicóle Tay-Zsun.

—Aquí sólo quedó mi cuerpo — contestó Wey-Chen—. Mi almo fué sacada de este lugar. Un grupo de guardias celestiales me presentó al dragón liado y una espada, con la que le corté la cabeza.

El emperador quedó pensativo. Al cabo de un momento despidió a todos y quedó solo, algo preocupado.

Aquella noche, Tay-Zsun se acostó a la hora acostumbrada, pero no pudo conciliar el sueño. Cerca de la medianoche se presentó ante él el dragón decapitado, llevando en la mano su cabeza ensangrentada, y gritó a voz en cuello:

—Has prometido conservarme la vida y me has engañado. Ven conmigo a los Tribunales del Infierno.

Así diciendo, asió del brazo al emperador, enmudecido de susto... Tay-Zsun se despertó sobresaltado.

—¡Aquí está un Guy! — vociferó, despavorido.

A la mañana siguiente la emperatriz hizo llamar a todos los médicos de la Corte.

—Es un caso muy grave, —dijeron los facultativos—. La aparición del Guy hizo mucho daño al emperador. Al cabo de siete días podremos ver si resiste.

Tay-Zsun mandó llamar a su presencia a Su-Macun, Tsin-Shupao y Uch-Ey-Kintey.

—Queridos amigos —les dijo—. He llevado múltiples guerras sin haber experimentado temor alguno. Pero, esta vez, tengo miedo... porque se trata de un Guy.

—Pierda cuidado —dijo Tsin-Shupao—. Yo y Uch-Ey-Kintey lo cuidaremos durante el sueño.

Al caer la noche los dos hombres valientes se pusieron de guardia, vistiendo los uniformes de gala y armados de sendas espadas. Nadie había penetrado en el castillo y el emperador durmió.

Custodiado de esta manera, Tay-Zsun descansaba todas las noches. A pesar de eso, su salud empeoraba de día en día. Por fin el emperador propuso a sus altos funcionarios tomar a su hijo en calidad de heredero del trono.

Al emperador le hicieron abluciones, lo vistieron y todos empezaron a esperar su fin. Wey-Chen le entregó una carta, diciendo:

—Tómela. En el Infierno tengo un amigo, llamado Tsoy-Cu, que es oficial del Infierno. Entréguele esta carta y creo que, por amistad a mí, él tratará de encontrar un medio de hacerlo volver a la tierra.

Tay-Zsun aceptó la esquela, la que guardó en su manga, y murió...

Le pareció haber salido del palacio en un carruaje. En el medio del campo su carroza se detuvo. El emperador se apeó y se puso a vagar solo entre la hierba alta. De repente oyó una voz que lo llamaba:

—Venga acá.

Tay-Zsun se dirigió al lugar de donde procedía la voz, y vió a un hombre.

—¿Quién es usted? —preguntóle el emperador.

—Soy el mensajero enviado por el Tribunal del Infierno, —contestó el desconocido—, para llevarlo allí, por el asunto del dragón decapitado.

—¿Cómo se llama usted? —inquirió Tay-Zsun.

—Tsoy-Cu, —fué la respuesta.

—Le traigo una carta, —dijo el emperador, sacando de su manga la misiva, que entregó a Tsoy-Cu.

Este desplegó la hoja y se puso a leerla.

Terminada la lectura, el oficial del Infierno dijo al emperador.

—Puedo prometerle que volverá usted a la tierra.

En este momento apareció un grupo de jóvenes, vestidos de negro, que escoltaron al emperador hasta la ciudad de los muertos, conduciéndolo al Tribunal del Infierno, donde se encontraban diez jueces. Uno de éstos se puso de pie y pronunció:

—El dragón del río Kin presentó una queja contra usted, diciendo que usted faltó a su promesa de conservarle la vida.

Tay-Zsun les explicó los detalles del caso, diciendo que no tenía culpa en la muerte del dragón.

—Tiene usted razón, —exclamaron los diez jueces en coro—. Tenga la amabilidad de perdonarnos por haberle ocasionado este disgusto. Vamos a consultar el Libro del Destino. Toy-Cu, tráigalo.

El oficial fué a buscar el libro y, antes de llevarlo a los jueces, miró la página que correspondía a la persona del emperador. Viendo que a éste le estaban destinados sólo 13 años de reinado, Tsoy-Cu tomó un pincel y cambió la cifra de 1 por 3. Luego llevó el libro al Tribunal. Al consultarlo, los jueces preguntaron a Tay-Zsun:

—¿Cuántos años ha reinado usted?

—Trece, — contestó el interpelado.

—Entonces le quedan aún 20 años de vida. Lo mandaremos de nuevo a la tierra.

El emperador les agradeció con palabras efusivas, agregando:

—¿Qué podría hacer para demostrarles mi gratitud?

—Mándenos melones. Nos gustan mucho y acá no los hay.

—Lo haré con el mayor gusto, — dijo Tay-Zsun.

Luego se despidió y salió, seguido por Tsoy-Cu. Después de haber caminado un trecho, fué rodeado por una muchedumbre de mutilados. Eran las almas de los soldados, muertos en las guerras, llevadas por el emperador y de los ejecutados por orden de él. Todos se abalanzaron sobre Tay-Zsun, vociferando:

—¡Devuélvenos la vida!

—¡Defiéndame! — suplicó el emperador a su guía.

—Es imposible, —replicó éste—. Tiene que comprarles el permiso de pasar.

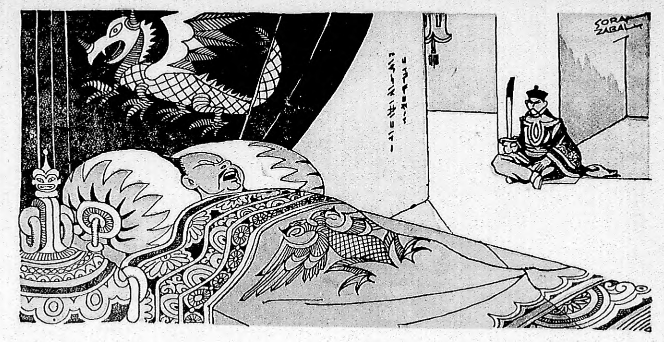
—No traigo dinero, — gimió el emperador.

—No importa. Puede dar un cheque a nombre del banquero infernal.

—Con el mayor gusto, — exclamó Tay-Zsun, firmando el cheque.

Toy-Cu lo entregó a las almas en pena, que se apartaron del camino del emperador. Este aceleró el paso. Por fin llegó a la orilla del río Vey. Toy-Cu lo arrojó al agua...

Entre tanto, en el palacio del emperador, junto al ataúd de éste se reunieron todos los dignatarios, para celebrar la ceremonia de entronización del príncipe heredero. De repente, del féretro resonó



la voz que gritaba:

—¡Me ahogo!... ¡Me ahogo!...

Todos los presentes huyeron, despavoridos. El único que no se asustó fué Wey-Chen, que abrió la tapa del ataúd.

—Por fin puedo respirar, — dijo el emperador incorporándose.

Los médicos le dieron calmantes y lo acostaron en la cama. Al día siguiente todos los dignatarios se presentaron en la audiencia. El emperador, sentado en su trono, les relató sus aventuras en el cielo. Luego dió a su tesorero la orden de arreglar el trato con el banquero infernal y mandó a buscar alguna persona adecuada para enviar los melones que había prometido a los jueces del infierno.

Al cabo de dos días se presentó un hombre, llamado Lu-Chun, dispuesto a cumplir el recado ,ya que igual estaba por suicidarse, desesperado por la muerte de su esposa.

El se colocó en la cabeza una cesta, llena de melones, se puso en la manga la orden imperial y el dinero necesario para el viaje, y emprendió el camino.

Cuando su alma, con los melones en la cabeza, se detuvo junto al portón del infierno, el portero subterráneo le preguntó:

—¿Quién va?

—El enviado del emperador Tay-Zsun.

De inmediato fué conducido al infierno, con toda clase de veneraciones. Una vez allí, Lu-Chuan entregó a los jueces los melones y la carta que los acompañaba. Los jueces infernales, sumamente contentos, se pusieron a comer los melones con gran apetito, alabando al emperador Tay-Zsun.

★

IAN-Jun era hijo de un general. Después de la muerte de su padre, el muchacho se dirigió a la guarnición de Kan-Su, a la casa de su tío materno el coronel Chu. Este que le tenía antipatía, por considerarlo demasiado inteligente, lo aceptó a regañadientes.

Chu tenía una hija, casi de la misma edad de Ian-Ju. Los chicos crecían bajo la vigilancia de una institutriz, parienta lejana del coronel.

Pasaron unos cuantos años. Una noche de verano el joven Ian-Jun salió al jardín para respirar el aire puro. Allí encontró a la niña Chu. Los jóvenes se enamoraron el uno del otro. A partir de aquella vez se encontraban todas las noches.

La institutriz, cuya atención fué llamada por la conversación y la risa en la habitación de Ian-Jun, descubrió el secreto de los jóvenes... y se apresuró a comunicarlo al coronel. Este, a su vez, contó todo a su esposa.

¡Es imposible! —exclamó la mujer—. Nuestra hija duerme todas las noches en mi habitación.

Chu no llegaba a comprender este caso. Enfurecido contra Ian-Jun, buscó un pretexto cualquiera para castigarlo y echarlo de su casa. El joven pasó mucho tiempo, vagando, sin ningún medio de vida y, por fin, se vió obligado a ubicarse en una antigua pagoda, en Lan-Chi-Fu.

Una vez, delante de su humilde vivienda, se paró un lujoso carruaje, del que descendió su amada, llevando un rico ajuar.

—He venido a vivir contigo —le dijo—. Vine junto con mi tío Chu-U.

Este era el hermano menor del coronel Chu y acababa de llegar a Lan-Chu-Fu, en calidad de comandante de la guarnición. Cuando Ian-Jun le presentó su esposa, el comandante quedó pasmado.

—Mi sobrina se encuentra en Kan-Su, —le dijo—. Si ella hubiera venido acá, su padre me lo hubiera comunicado.

Ian-Jun estaba asombrado no menos que su interlocutor.

Al cabo de varios días el comandante Chu-U fué a Kan-Su, por sus asuntos. Allí fué a la casa de su hermano, el coronel, al que contó lo que había visto en su guarnición.

—Mi hija no se ha ausentado d ecasa ni un solo día, — le replicó el hermano mayor.

Muy preocupado, fué a contar todo a su esposa. Esta exclamó, muy emocionada:

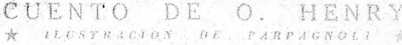
—Estoy segura de que se trata de un fantasmo. Debe ser una zorra, que se ha encarnado en el cuerpo de nuestra hija, para hacer creer a los demás que ésta va en pos de su novio. La única manera de salvar la reputación de nuestra familia es la de llamar a Ian-Jun y casarlo con nuestra hija.

El coronel consultó con su hermano; ambos decidieron poner en práctica el consejo de la esposa del primero. El coronel mandó llamar a su sobrino y lo casó con su hija.

Cuando, después de la ceremonia nupcial, el joven entró a su dormitorio, encontró allí a dos mujeres idénticas. Una de éstas le dijo, señalando a la otra:

—Esta joven es su esposa. En cuanto a mí, soy zorra. Años atrás, uno de sus antepasados, el general Ian, fué a la caza, durante la cual me hirió y me capturó. El bondadoso general curó mi herida y me dejó en libertad. Ahora pagué a aquel noble señor mi deuda de gratitud, haciendo bien a usted. Yo sabía que usted amaba a la señorita Chu y no tenía esperanza de casarse con ella. Por eso me he valido de una astucia, para ayudarle a lograr su fin. Adiós... y sean felices.

LOS REGALOS PERFECTOS



CUENTO DE O. HENRY

★ ILUSTRACION DE PARPAGNOLI ★

UN dólar y ochenta y siete céntimos. Eso era todo. Un dólar y ochenta y siete céntimos, reunidos uno a uno, a fuerza de regatear centavo tras centavo al almacenero, al verdulero, al carnicero, sintiendo las mejillas ardiendo con la vergüenza que significa esa mezquiadad. Tres veces contó Delia esta pequeña suma. Un dólar y ochenta y siete céntimos. ¡Y al otro día sería Navidad! Se echó, gimiendo en su angosta cama, recordando aquella máxima, en la que se explica que la vida está hecha de contrariedades, sinsabores y cosas por el estilo.

Dejemos a Delia entregada a estos pensamientos y dirijamos una mirada a su hogar: un piso amueblado por el que se pagaban 8 pesos semanales. En la puerta del vestíbulo había un buzón en el cual no se hubiera podido echar ninguna carta, y un timbre eléctrico del cual ningún dedo humano hubiera conseguido arrancar un sonido. Debajo de éste aparecía una tarjeta, que ostentaba el nombre de "James Dillingham Young". El "Dillingham" había sido desplegado a todos los vientos, durante aquel antiguo período de prosperidad, en el que su poseedor ganaba 30 pesos semanales. Ahora, cuando el ingreso fué disminuído a $ 20, las letras de "Dillingham" aparecían confusas, como si estuvieran pensando seriamente en irse contrayendo hasta convertirse en una modesta y vulgar "D". Pero, en cambio, a cualquier hora que Mr. James Dillingham Young llegara a su casa, Mrs. James Dillingham Young, a quien hemos presentado como Delia, lo llamaba "Jim" y lo abrazaba muy fuerte, lo cual era muy lindo.

Delia terminó de llorar y pasó el cisne por sus mejillas. Luego se paró al lado de la ventana y comenzó de nuevo a buscar una solución mental a su problema. Mañana sería Navidad y ella disponía solamente de un dólar y ochenta y siete céntimos para comprar algún regalo a su Jim. Veinte pesos semanales no alcanzan para mucho. Los gastos resultaron mucho mayores que lo que había calculado. Siempre sucede así. Solamente $ 1.87 para hacer un regalo a Jim. Su Jim. Muchas horas felices pasó Delia imaginando algún presente bonito para él. Alguna cosa fina, rara, de valor: algo que se pareciera un poco al honor de pertenecer a Jim.

Entre las ventanas del cuarto había un espejo incrustado en la pared. Quizá alguno de vosotros habrá visto uno de esos espejos en un piso de $ 8. Una persona muy delgada y muy ágil podría, observando su reflejo en una rápida sucesión de franjas longitudinales ,obtener una idea algo fantástica de su aspecto. Delia, siendo esbelta, había dominado este arte. Se apartó de la ventana y se detuvo delante del espejo. Sus ojos brillaban, pero sus mejillas se habían tornado pálidas. Con un movimiento rápido, soltó sus cabellos y dejó que cayeran en todo su largo.

El matrimonio Dillingham Young poseía dos tesoros de los cuales se sentía muy orgulloso: uno lo constituía el reloj de oro de Jim, que había pertenecido a su abuelo y a su padre, respectivamente. El otro era el cabello de Delia. Si la reina de Saba hubiera vivido en el piso que el patio separaba del suyo. Delia se hubiera sentado en la ventana, a secar la masa espléndida de sus cabellos, sólo para que empalidecieran las joyas y la belleza de la reina. Si el portero hubiera sido el mismo rey Salomón, con todos sus tesoros apilados en el sótano, Jim nunca hubiera dejado de sacar su reloj cuando pasaba delante de él, sólo para ver cómo se pellizcaba la barba con envidia.

Allí, ante el espejo, el cabello de Delia caía cubriéndola, ondeado y brillante como una cascada de obscuras aguas. Se llegaba hasta debajo de la rodilla y envolvía su cuerpo como un manto. Rápidamente lo recogió y después de una úl-



tima vacilación se puso su viejo tapado y su viejo sombrero, y con los ojos brillantes todavía, abrió la puerta y bajó las escaleras como una exhalación. Se detuvo delante de un negocio que ostentaba esta inscripción: "Mme. Sofroine. Especialista en pelucas y peinados". Delia entró.

—¿Compraría usted mi cabello? — preguntó a Mme. Sofroine.

—Sí. Compro cabello — contestó la aludida. Sáquese el sombrero y veamos cómo luce el suyo.

De nuevo ondeó la obscura cascada.

—Veinte dólares — dijo Madame, tocando el cabello con dedos expertos.

Delia aceptó.

Las siguientes dos horas fueron para ella un sueño rosado. Olvidó la metamorfosis que las tijeras obraron en su cabeza. Sólo sabía que estaba recorriendo los negocios en busca del regalo para Jim. Por fin lo encontró. Seguramente había sido hecho para él. No había ninguno parecido en todos los demás negocios. Lo sabía bien. En su afanosa búsqueda no le quedó lugar sin revolver. Se trataba de una cadena de platino, para reloj, simple y neta en su dibujo, proclamando su real valor por sí misma y no por medio de vanidosos adornos. Así deberéan de ser todas las cosas buenas. Era verdaderamente digna del reloj. Tan pronto como la vió, comprendió que estaba destinada a Jim. Veintiún dólares le pidieron por ella y volvió a su casa con los 87 céntimos restantes. Con semejante cadena en su reloj, Jim, estando acompañado de alguien, se sentiría ansioso acerca de la hora y lo consultaría a cada momento. Antes no podía hacerlo sin avergonzarse, pues su precioso reloj pendía de una humildísima y vieja tira de cuero.

Cuando Delia llegó a su casa, su feliz aturdimiento pasó a otros pensamientos más prácticos. Buscó sus tijeras de enrular, encendió el gas y comenzó a reparar los destrozos que se habían cometido en su cabello. En menos de cuarenta minutos, su cabeza se cubrió de pequeños, cortísimos rulos, los que le daban un maravilloso aspecto de pillete rabonero. Se miró al espejo, largo rato, cuidadosamente.

—Si Jim no me mata —se dijo— antes de dirigirme una segunda mirada, me dirá que parezco una corista de Coney Island. Pero: ¿qué hubiera podido hacer con un dólar y ochenta y siete céntimos?

A las siete en punto el café estuvo listo y la sartén preparada para cocinar las chuletas. Jim nunca tardaba. Delia escondió la cadena en su mano y se sentó frente a la puerta por donde siempre estaba él. De pronto oyó su paso en la escalera y empalideció.

—¡Dios mío, haced que me encuentre bonita aún! — rogó. La puerta se abrió y entró Jim. Era delgado y muy serio. ¡Pobre muchacho! Tenía solo treinta y dos años y ya tenía un hogar sobre sus espaldas. Necesitaba un sobretodo nuevo y estaba sin guantes.

Se detuvo al entrar, quedando completamente inmóvil. Sus ojos estaban fijos sobre Delia, que no pudo descifrar la expresión que se retrataba en ellos. No era ira, ni sorpresa, ni desaprobación, ni horror, ni ninguno de los sentimientos para los que estaba preparada.

Delia se levantó y corrió hacia él:

—Jim querido — gimió. !No me mires así! Corté mi cabello y lo vendí porque no hubiera podido pasar Navidad sin hacerte un regalo. Ya crecerá otra vez. A tí no te importa. ¿No es cierto?

—¿Te has cortado el cabello? — preguntó trabajosamente Jim, como llegando a esa conclusión después de una paciente labor mental.

—Lo corté y lo vendí — repitió ella.

Jim dirigió una mirada curiosa a todos los rincones del cuarto.

—¿Dices que tu cabello se ha ido? — preguntó con un aire casi idiota.

—No necesitas buscarlo — observó Delia.— Lo vendí y ya no está aquí. Mañana es Navidad querido. No te enojes. ¿Pondré a cocinar las chuletas?

Jim consiguió despejar su aturdimiento y abrazó a su Delia. Seamos discretos y, por diez segundos fijemos nuestra atención en cualquier otro objeto. Ocho dólares por semana o un millón anual: ¿en qué se diferencian? Un matemático podría dar la errónea respuesta.

Los Reyes Magos traían valiosos regalos pero esto no les concernía a ellos. Dilucidaremos más tarde esta afirmación tenebrosa.

Jim sacó un paquete del bolsillo de su sobretodo y lo arrojó sobre la mesa.

—No pienses mal de mí, Delia — dijo—. No creas que tu cabello cortado o cualquier otra transformación te haría menos linda a mis ojos. Pero si desenvuelves este paquete comprenderás el porqué de mi expresión al verte así.

Dedos blancos y febriles desataron el piolín y quitaron la envoltura. Un grito de alegría: e inmediatamente un femenino cambio a histéricas lágrimas y lamentos que necesitaron el pronto empleo de todas las virtudes persuasivas de Mr. Dilligham Young.

Porque allí estaban las peinetas, el juego de peinetas que Delia admiró mucho tiempo en una vidriera de Broadway. Eran hermosas, de carey legítimo, recamadas de pedrería. Sabía que eran muy caras. Las había deseado con ahinco y sin la menor esperanza. Y ahora eran suyas; pero las trenzas que hubieran podido lucirlas, no estaban ya. Sin embargo, oprimió las peinetas contra su pecho y dirigió una profunda mirada a Jim. De pronto dió un gritito al recordar que él no había visto aún su regalo. Abrió la palma de la mano, extendiéndola ansiosamente hacia él. El precioso metal parecía brillas animado por el ardiente espíritu de Delia.

—¿No es una preciosura, Jim? — preguntó—. Anduve por toda la ciudad para conseguirla. Me imagino que desde este momento consultarás la hora cien veces por día. Dame tu reloj. Quiero ver cómo queda con la cadena.

En lugar de obedecer, Jim se tumbó en la cama, con las manos detrás de la cabeza, sonriendo.

—Delia — dijo — dejemos nuestros regalos de Navidad y guardémoslos para más adelante. Son demasiado hermosos para usarlos ahora. Yo vendí el reloj para poder comprar tus peinetas... Y ahora, supongamos que pones a cocinar las chuletas..

Los Reyes Magos, como se sabe, eran hombres previsores y maravillosamente sabios, que traían regalos a los niños. Ellos inventaron el arte de regalar cosas en Navidad. Siendo tan sabios, sus regalos serían sabios también y tal vez existiera el privilegio de cambiarlos si repetidos... Yo he relatado aquí la aventura de dos niños locos en un pisito, que insensatamente sacrificaron el uno para el otro, los mayores tesoros de su casa. Pero en una palabra final para los sabios de estos días, dejemos dicho que de cuantos reciben regalos, estos dos fueron los más sabios. De todos cuantos entregan y reciben regalos, los que son como ellos son los más sabios. En todo son los más sabios. Los verdaderos Reyes Magos son ellos.



